

**CINCUENTA ANIVERSARIO  
DE LA ORDENACIÓN SACERDOTAL  
DEL SIERVO DE DIOS  
JOSÉ RIVERA RAMÍREZ.**

Toledo, 4 de Abril de 2003



## **PRESENTACION**

## PRESENTACIÓN

Quien ha conocido de veras a D. José Rivera ha podido conocer lo que es un sacerdote de veras, un *sacerdote de cuerpo entero*, de pies a cabeza.

Ciertamente, existe una fisonomía esencial del sacerdote que no cambia, que es la fisonomía de Jesucristo Sacerdote. Él refleja el rostro definitivo del presbítero, realizando un sacerdocio ministerial que ha sido continuado en los apóstoles y en tantos santos sacerdotes que han fecundado a la Iglesia con su ministerio de intercesión, expiación, inmolación, entrega y amor apasionado a Dios y a todos los hombres, especialmente los más pobres. Al comienzo del nuevo milenio, con la necesidad imperiosa de contar con modelos sacerdotales nítidos, una vez más tenemos que contemplar el rostro de Cristo Sacerdote, en el que encontramos la fisonomía esencial del sacerdote y de las virtudes sacerdotales que no cambian.

Dios es generoso en sus dones y sorprendente en sus medidas. Y en una época de cambios, de renovaciones, de turbulencias, de confusiones y aclaraciones acerca del ser y de la vivencia del sacerdocio ministerial, el Señor se mostró generoso y sorprendente en D. José Rivera. Desde muy pronto, ya en el Seminario de Comillas, echó sus raíces en las claves esenciales de esa espiritualidad sacerdotal que no cambia ni cambiará nunca. Esa espiritualidad que se fundamenta en la configuración con Cristo Sacerdote, el Ungido por el Espíritu para amar y entregarse libre y voluntariamente, hasta el extremo, hasta agotar la vida victimándose por amor a Dios y por la salvación de todos los hombres. Siempre, en todo momento y en todo lugar, en Totanés, Salamanca, Palencia o Toledo, D. José buscó con ansia, con auténtica pasión, esta configuración con Jesucristo Sacerdote y Víctima, sin ceder jamás a conformismos, mediocridades o minimalismos canónicos. Aspiró siempre a máximos, y vivió el sacerdocio ministerial enfervorizado por Quien le había declarado y demostrado un amor hasta el extremo, y Quien le impulsaba a identificarse con Él hasta el extremo, hasta detalles extremosos.

En efecto, Dios es generoso en sus dones y sorprendente en sus medidas, y en D. José Rivera resplandeció la generosidad de Dios y lo sorprendente de sus medidas al hacer brillar en él de manera tan preciosa sus virtudes sacerdotales.

El pasado mes de Abril celebrábamos el 50 aniversario de la ordenación de este sacerdote diocesano de Toledo, y dábamos gracias al Señor por el generoso don que Él quiso regalarnos en D. José Rivera. Con este motivo se pronunciaron tres conferencias que nos desvelaron nuevos aspectos y riquezas de la personalidad sacerdotal del siervo de Dios. Tres conferencias que ahora publicamos y que se centran en tres claves esenciales de la genuina espiritualidad sacerdotal: *La Virgen María, los Pobres y la Iglesia*. Son tres apuntes certeros que, sin agotar la inmensa riqueza con la que el Señor quiso bendecirnos en D. José, nos asoman a su apasionado corazón sacerdotal y nos invitan a seguir profundizando en su conocimiento para ser más justos en nuestra gratitud y más fieles en su imitación.

Siempre es tiempo de acción de gracias para los que viven pendientes del don de Dios. Y generoso en sus dones y sorprendente en sus medidas, se ha mostrado Dios en su siervo José Rivera. Demos gracias a Dios.

Fernando Fernández de Bobadilla  
Vicepostulador de la Causa de Canonización  
de José Rivera Ramírez

## **CONFERENCIAS PREPARATORIAS**

**LA RELACIÓN CON LA VIRGEN MARÍA  
EN LA VIDA Y EL PENSAMIENTO  
DEL SIERVO DE DIOS  
JOSÉ RIVERA**

*Félix del Valle Carrasquilla*

# LA RELACIÓN CON LA VIRGEN MARÍA EN LA VIDA Y EL PENSAMIENTO DEL SIERVO DE DIOS JOSÉ RIVERA

## 1.- Introducción:

Cuando a mediados del año pasado nos pusimos a pensar en temas posibles para conmemorar el aniversario de la ordenación sacerdotal de don José, se me ocurrió éste de su relación con la Virgen. Tuve la sensación de que iba a adentrarme en un territorio poco explorado de la geografía vital de don José.

La publicación de la Exhortación apostólica de Juan Pablo II “Rosarium Virginis Mariae” y su declaración de este año para toda la Iglesia como “año del rosario” me confirmaron en mi elección.

Vi que se me ofrecía la posibilidad de poner de relieve y sacar a la luz la dimensión mariana de su espiritualidad. Tal vez don José no pasa por alguien que se distingue especialmente por su devoción mariana, pues se distingue más bien por su sello trinitario, que es característico suyo, peculiar. Sin embargo la dimensión mariana está fuertemente entrañada en su espiritualidad, en su “cámara”, no en su “patio”, tomando una imagen de uno de sus poemas que se inspira muy probablemente en la disposición real de su casa.

Quienes le conocimos de cerca pudimos apreciar su testimonio, ver en su propia existencia cómo valoraba y vivía la dimensión mariana de la vida cristiana: recuerdo que en un curso de verano dedicó durante un mes las charlas a los seminaristas a hablar de la Virgen, también cómo le veíamos rezar el rosario paseando en los ejercicios espirituales, sus referencias frecuentes a la Virgen en sus charlas y predicaciones...: él es a quien mejor oí hablar nunca de la Virgen (de un “famoso” padre devoto mariano que vino al seminario y nos dio una charla sobre la Virgen, a la salida, comentamos otro seminarista y yo que no había llegado ni de lejos a la profundidad de don José...).

Como vamos a ver, su vida personal, plasmada en su diario, manifiesta una honda relación e inteligencia del misterio mariano. Yo diría que más profundas de lo habitual, de lo “corriente” que diría él (pues, como veremos, existe en nosotros la tendencia a tomar “carnalmente” la devoción a la Virgen...)

## **2.- Su doctrina: sintetizada en “Espiritualidad católica”:**

Su libro “Espiritualidad católica” nos ofrece como un boceto o esquema de lo que vive, las líneas maestras que se desarrollan y llenan de contenido asombroso en la vida que se plasma en el diario. Es como un plano que delimita un terreno, que marca una forma sobre la que se levanta, o se profundiza, con la altura o la profundidad de la propia vida. El plano no da idea de la elevación o la hondura; eso se ve en la realidad.

En Rivera hay acuerdo de doctrina y vida: lo que piensa es lo que orienta su vida, y su propósito es vivir lo que piensa. Sólo hago ahora un resumen de su doctrina, porque lo que más interesa es su vida, su vivencia personal testimoniada en su diario.

Su pensamiento se corresponde exactamente con la doctrina del Vaticano II, por ejemplo en L.G. 62, que habla de la mediación de María suscitada por la de Cristo y subordinada a ésta.

Rivera repite siempre que la dimensión mariana es “esencial” en la espiritualidad cristiana, no algo accesorio ni devocional.

Podríamos sintetizar a modo de resumen estos “Rasgos fundamentales” de la espiritualidad mariana:

1. *Admiración gozosa*: “el fruto más perfecto de la gracia de Cristo” (p. 155).
2. *Conciencia filial de la maternidad espiritual de María: amor, agradecimiento y confianza*: a diferencia de los santos, “solamente hay en la Iglesia una persona humana, María, cuyo influjo de gracia es continuo y universal: ella influye maternalmente en todas las gracias que reciben todos y cada uno de los cristianos” (p. 157) y, podemos añadir, todos los hombres. Con respecto a la maternidad natural, analogía, pero débil y en sentido inverso.
3. *Imitación de María*: es “intrínseca”: “esa vida suya que tratamos de imitar, ella misma desde Dios nos la comunica como Madre de la divina gracia” (p. 157).
4. *Oración a María* “los hijos de la Iglesia, tanto en Oriente como en Occidente, han crecido siempre en un clima de oración a la gloriosa Virgen María, santa madre de Dios” (p. 157).

## **3.- La relación personal de Rivera con la Virgen María:**

Habría que referirse a su historia: tuvo a la Virgen una gran devoción desde niño, parece que hubo por su parte algo de distancia después, y vino en su madurez una recuperación más honda de la relación con la Virgen; él habla repetidas veces de un sentimiento profundo de olvido y déficit (pienso que “exagerado”, al igual que le sucede con otras dimensiones de la vida cristiana y sacerdotal):

Será fructuosa una historia de mis relaciones con María. Mi devoción primera, tierna, a mi estilo, mi concepción temprana, certera, de su función y de su ser, y el relativo olvido -nunca absoluto, por supuesto, hasta ahí no me dejó caer el Padre- de mis años posteriores... Advierto como si, en estos tiempos recientes, estuviera andando caminos no lo bastante conscientemente recorridos, para llegar de nuevo a puntos ya alcanzados, pero por así decirlo, habiendo entrado en ellos por indebidas puertas, poseyendo, consecuentemente, respecto de ellos imágenes inadecuadas: Cristo, la Trinidad, la Iglesia... Pienso en esta insistencia, casi nueva, en la relación con María Madre, con la Iglesia madre, en la purificación de pecados y apegos..., en la conexión con los ángeles...

Ciertamente uno de mis pecados muy persistentes, es este menosprecio de la actividad de la Virgen madre...

Idea y seguridad de su eficacia materna (11 febrero 1975. Ntra. Sra. De Lourdes).

Muchas veces dice de sí mismo en el diario que es “precoz y lento a la vez”. Él ha tenido desde muy pronto las luces que otros hemos ido recibiendo poco a poco.

Junto a esa conciencia de déficit está la certeza de que la presencia y la intervención de María son esenciales, imprescindibles. Cuántas veces le oí decir que “sin Ella no sale nada”, sin Ella Dios no hace nada...

Uno de los rasgos constantes de su piedad mariana es la contemplación y complacencia, que encienden la fe, avivan la esperanza, fortalecen el amor; y la constancia en revolver la Palabra de Dios y los textos litúrgicos. La liturgia nos ofrece el paradigma de la vida cristiana,

también de la relación cristiana con María. La liturgia es maestra eficaz que nutre la fe, ilumina la verdad de Dios y de su obra en el hombre. Don José aplica a María en grado superlativo lo que se dice del “justo”:

Salmo 8 aplicado a la Virgen. Dios se muestra admirable, porque exalta sobre todo a una criatura que en sí no es nada, esto es igual en María, y la exaltación más que en nadie. Salmo 18: la Virgen iluminada, deleitada, la que no tiene nada oculto, puesto que cumple la ley perfectamente. Salmo 23: Y María la madre. Admiración de la obra del Máximo artista: complacencia suya en que admiremos la obra (Sta. Teresita) -gozo de su grandeza-gratitud por ella, y por ser mi madre.

Confianza en su amor de madre... II Nocturno: la Virgen esposa... (14 agosto 1964).

Rezo de Maitines. Creo que deben ser de Santa María en sábado.  
¿Por qué no nos maravilla la figura de María?:  
Kejaritomene: llena-de-gracia. Yo he visto gente admirada ante mí mismo, ante esta abundancia, relativa, de contemplación, en sus aspectos naturales y sobrenaturales. Y he sentido yo mismo la gozosa estupefacción ante personas o escritos manifestativos de gracia. ¿Por qué entonces no admiramos a la que ve y conoce, cree: episteusasa: la que-ha-creído (la que está-creyendo), de tal forma que, por ello, es la makaria feliz? (28 noviembre 1969).

Un texto precioso, de esos que escribe don José, como en prosa poética, de nombres densos, expresivo, evocador, literario, lo refleja. El misterio de María supera nuestra experiencia, limitada y pobre, de la vida cristiana. Sólo el Espíritu Santo nos lo puede iluminar, pero es preciso dedicarse a contemplarlo conscientes de nuestra incapacidad radical: no nos creamos que, porque Ella es una mujer, persona humana, alcanzamos solos a entenderla. Porque Ella participa del misterio de Dios, divinizada. Sólo los contemplativos tienen acceso a su misterio:

En cuanto a la visión de las realidades sobrenaturales, ciertos esclarecimientos literalmente inefables, acerca del misterio último, y ciertas visiones, jamás percibidas, respecto de la Hermosura, casi fontal, de María. A veces lo he predicado, pero

nunca lo había disfrutado como ahora. ¿Qué tiene que ver la belleza de cualquier obra literaria con la de este espectáculo? Una mujer, una mujer no más; pero exactamente perfecta. La intensidad, la armonía de intensidades, la cercanía total a Dios, la cercanía total a nosotros. Sin mancha, nada de estos impulsos incontrolables que advierto, asqueado, en mí mismo. Y en perfección, cualquiera de las virtudes que descubro admirado en mí, o en otros, como regalo paterno divino. Y todo, desde el comienzo, en abundancia inconcebible. Y todo en crecimiento ininterrumpido. Palabras, palabras para nosotros, que faltos de visiones lejanamente análogas, no logramos forjarnos una idea, borrosa siquiera, de lo que significa por ejemplo esto: ininterrumpido. Plena renuncia a todo, plena apertura a Dios: pleno amor. Y todo como fuente. Y su acción también ininterrumpida, siempre eficaz. Nunca he sentido tanta ansia de conocerla, de amarla, de dejarme influir por ella. ¡Mis pobres amistades! ¡Nuestras pobres amistades terrenas! Que ella influya, que su amor operante fluya sobre todos nosotros. ¡Ruega por nosotros pecadores! Gusto de ser imperfecto, en todos los sentidos. De ser niño. De poder, como si dijéramos, comenzar ahora. Para sentirme obra suya (30 mayo 1972).

María nos es dada como “señal en el cielo”, para que alcemos los ojos y miremos contemplativamente; es la señal, junto al Resucitado, de lo que seremos, de lo que empezamos ya a ser. Mas es señal que resplandece, llena de gracia y belleza, la de Dios: por eso mirarla es conmoverse, emocionarse. No con las sensiblerías pueriles que despiertan las estampas, sino con la fe adulta que vibra con la Gracia.

La Virgen como señal: poco importa la exégesis exacta del texto apocalíptico. La liturgia lo aplica a María, y desde este punto de vista es válido. ¿Por qué no contemplo más ese signo, que se ha dado, como todo signo, para eso, para que se contemple? Yo que soy tan fácil a la ternura ante la belleza, podría sin duda conmoverme hasta el llanto, hasta las más vibrantes emociones, ante esta figura sublime de mujer. Como un Bernardo; el fortísimo y tiernísimo monje-guerrero... (16 agosto 1972).

Y que a esta luz de la fe contemplen a esta Virgen María; la que tuvo fe total desde el comienzo. La que poseyó en todos los aspectos, en pacífica, agradecida y gozosa propiedad, esto que nosotros vamos recibiendo en lid, afeada de continuo, en lucha dolorosa, en victorias mezcladas de derrotas... «intacta en su virginidad, gloriosa en su descendencia, triunfante en su ascensión». Y madre, dándonos esa vida intacta, gloriosa, triunfante. Que se abran los ojos a ese espectáculo; que se deslumbren y queden crepusculares las visiones secundarias, las realidades parciales de la vida terrena... (12 octubre 1972).

Es signo que sostiene y levanta la esperanza, pues pedimos en la Solemnidad de la Inmaculada que lleguemos a ser al final lo que Ella ha sido desde el principio. De la contemplación de esta fiesta procede el siguiente texto:

Me levanto a las 4,15. Comienzo la oración a las 4.30. Oficio de la Inmaculada. Contemplación gozosa de la Hermosura de María. Llena de gracia, de santidad. Toda Hermosa. Sin defecto, sin mancha. Única. Signo resplandeciente de la eficacia de la acción de Cristo, fruto de su redención. Fuente con él, pero fuente necesaria en los proyectos del Padre, de toda santidad. Deseo eficiente (eficaz por su parte) de comunicarnos su belleza, su energía. Eso es ser madre. Cuanto más podría desalentarme la experiencia de mi vida entera, tan deficiente, tan reiteradamente maculada, señal evidente de una debilidad palmaria, tanto más puedo confiar en ella. Imposible que tal perseverancia en el deseo de santidad, tal reiteración en levantarme tras de las repetidas caídas -indefinidamente repetidas hasta ahora- tal constancia en confiar, en esperar de nuevo, no sean la señal infalible de una vocación que ha de realizarse. Aunque nosotros seamos infieles, El permanece fiel... Tan fácil, tan hacedera hoy la santificación para mí, como cuando la entreví por vez primera hace unos 45 años... Pues ha de ser obra suya. Y el es Dios que perdona... El amor poderoso se manifiesta esplendente en una existencia como fue la de María, sin mancha ninguna, sin caída posible. Pero de otro modo, se patentiza también en esta capacidad de hacer esperar contra esperanza al derribado, de

cortar la tendencia fortísima a la desilusión, a la desesperación, de un pobre hombre que cae mil veces (8 diciembre 1976).

Esta contemplación gozosa es eficaz: transforma interiormente, hace entrar en comunión con la Belleza que se contempla, purifica, embellece, diviniza (“contempladlo y quedaréis radiantes”). Pues María irradia una Belleza que es divina, la participación más plena para una persona humana de la Gloria de Dios. La Belleza de Dios está en su Amor, en que todo en Él procede del Amor y sirve al Amor, unificado, armonioso, aun de modo incomprensible. María es también así, unificada en la fe y el amor, en la humildad, en la docilidad al Espíritu. Sin luchas interiores, sin división, sin vacilación hacia el Bien. Así quiere criarnos a nosotros:

Pienso que la única manera de ordenar mis impulsos, de enervar cualquier tentación, es llegar a complacerme, instintivamente, en este objeto de las complacencias divinas. Se comprende fácilmente la actitud de tantos santos escritores, como han lanzado laudes y laudes sobre ella. Realmente: sobre María nunca se dice bastante, puesto que es el objeto de las complacencias de Dios. Y se la puede aplicar la frase de Santo Tomás respecto del Sacramento:

«quantum potes, tantum aude  
quia maior omni laude,  
nec laudare sufficis...»

Los últimos tiempos me han traído un acrecentamiento muy considerable en este aspecto; pero ¡cuánto deberé crecer todavía en el conocimiento de María, de su belleza, de su santidad, de su poder, de su amor!. Y de la intimidad de nuestras relaciones con ella... Y en primer lugar de las mías, claro (10 diciembre 1974).

Don José contempla a María -como a todo- en su relación con las Personas divinas; por esta relación única con Ellas, María participa del ser fuente de vida que es propio del Padre, y lo es en primer lugar, como signo humano, con respecto al que es Hijo de Dios: ella le engendra verdaderamente, es “Madre de Dios”; ella comunica a los hombres al Hijo que es la vida, de manera que Jesucristo no se da a los hombres sin

la intervención maternal de la Virgen; y lo hace movida por el Espíritu Santo en docilidad total, poseída por Él: María vive enteramente entregada a la Trinidad. Don José lo contempla morosamente, lo reflexiona, lo escribe:

La idea de Bérulle tocante a la maternidad de María, entendida sin duda a mi manera, se me ofrece muy fecunda. Por su relación con el Hijo, «pierde el uso de su vida propia e interior, en el abismo de la vida interior y nueva de su Hijo... y lleva la impresión y la comunicación de sus acciones divinas». Pero así recibe la acción del Padre, su semejanza del Padre en cuanto tal, participando de la potencia de comunicar la vida -humana- al Hijo, y de amarle fontalmente. Sin duda ello sucede a todo padre humano, respecto de los hijos humanos, y a todo apóstol, respecto de las vidas espirituales de los hombres divinizados; pero varía impensablemente el grado, y varía el fruto y la fontalidad. Pues María es fuente humana última -con Cristo- de toda vida espiritual, y es fuente de la vida humana misma de Jesús y con El de las vidas humanas todas. De ahí que no pueda mantenerse vida humana, ni divinizada, ni siquiera sin divinizar, sino apoyada en María. Tal su grandeza, que consiste en la sumisión más honda y total al Padre y al Verbo y al Espíritu (3 enero 1979).

María contagia su modo de contemplar, enseña a contemplar a Jesucristo como Ella, convertida en fuente del conocimiento de Cristo para sus hijos. Algo muy parecido afirma Juan Pablo II en “Rosarium Virginis Mariae”, en el número 14: “No se trata de comprender las cosas que Él ha enseñado, sino de *‘comprenderle a Él’*. Pero en esto, ¿qué maestra más experta que María? Si en el ámbito divino el Espíritu es el Maestro interior que nos lleva a la plena verdad de Cristo, entre las criaturas nadie mejor que Ella conoce a Cristo, nadie como su Madre puede introducirnos en un conocimiento profundo de su misterio... ir a la ‘escuela’ de María para leer a Cristo”. A este propósito escribe don José:

ROSARIO. Por lo menos una parte diaria. Mejor si la rezo en la capilla; aunque rece, como hago, misterios sueltos en preparación a las tareas, a la Misa, a las clases, etc. El rezo del

rosario debo orientarlo a que María me alcance la inteligencia de los misterios, especialmente la participación del dolor de Cristo por mis pecados, y la presencia del Resucitado (5 noviembre 1983).

Necesidad perentoria de la contemplación al modo de María: guardando las palabras o gestos de Jesús en el corazón; revolviéndolas sin parar. No hay otra cosa que hacer. Sólo puedo omitir la reflexión en los momentos de practicar sus consecuencias, que es otro modo de conocer, sin darme cuenta, pero igualmente, y a veces más eficaz, real (25 junio 1990).

La personalidad de María es ser MADRE: no es con respecto a nosotros un modelo externo y admirable: su misterio es el de su Maternidad: una maternidad *real* (no metafórica), *divina* (en el orden de la gracia, es decir, sobrenatural e interior), y *total* en un doble sentido (M<sup>a</sup> es madre totalmente en cuanto que «toda» la vida divina se nos comunica por ella; y en cuanto que ella es «totalmente materna», no hay nada en ella que no sea materno con respecto a sus hijos –Cristo y los incorporados a Él) y universal:

En una personalidad realizada, incluso en vías de realización, pero que se realiza sin extravíos, la personalidad se identifica con la misión: por eso la personalidad de María es absolutamente materna. Por eso la comprensión de mi paternidad sacerdotal es una participación de su maternidad total, que he de recibir conscientemente de ella... (11 febrero 1975. Ntra. Sra. De Lourdes)

Madre de la Iglesia (poscomunión). Refuerza todo lo anterior. La dignidad humana: una mujer, no más que una mujer, es la fuente, en la práctica, de toda la sabiduría que pueda haber en el mundo... Las letanías: rezo reposado... Gozo ante la figura, gozo ante mi relación con ella... (25 mayo 1972).

Voy a trazar una especie de resumen de las orientaciones que estimo necesarias en mi vida actual. Estas cuartillas, que serán

muy pocas, debo releerlas con frecuencia. Y son el objeto inmediato de mi esperanza.

#### I. Concepción general.

El fin inmediato de mi actividad entera es la vivencia de la inhabitación de las Divinas Personas, presentes, amantes, activas en mí mismo, como principio de mi vida toda. Su acción es el alma de mi personalidad operante. Cristo, tal como es, vive en mí.

Ello se realiza siempre con la colaboración maternal de María, en el seno de la Iglesia. Mi enganche con la Iglesia, y consiguientemente, con María y con Cristo, se actualiza en la obediencia (escucha) al gobierno, al magisterio y a la liturgia. Y acarrea, infaliblemente, la caridad pastoral: el amor sobrenatural a todos, gozándose en la comunicación con todos y cada uno, en sus muy diversos aspectos (7 febrero 1977).

Tenemos la analogía con las madres de la tierra, pero planteada en sentido contrario, descendente: como hacía con la paternidad humana y la divina: Dios es el Padre de verdad, en quien se cumple en plenitud lo que es ser Padre, y de Él lo participan imperfectamente los padres humanos; por eso su madre le recuerda a la Virgen, no la Virgen a su madre; por eso el signo es la maternidad terrena, y la realidad, la divina.

Actuación de la fe en su tarea maternal: mis dificultades capitales son ciertamente debidas a este infantilismo espiritual y psicológico, que deja inerme mi personalidad real, mis elementos directivos, frente a los vigorosos impulsos momentáneos: comida, tabaco, ternuras, a veces enfados, palabras poco caritativas, etc... Pero tal es la tarea encomendada a las madres. En mi infancia física, impulsivo también entonces, hubiera tropezado mil veces, me hubiera matado, sin los cuidados de mamá. Lo mismo ahora con la Virgen. Ella es quien tiene que estar a la mira, para que mis impulsos no me arrastren. Solamente que, en esta faena, se precisa cierta colaboración mía -pues no soy del todo infantil- se precisa, cabalmente, mi aceptación de sus vigilancias; pero basta con que yo lo admita, para que ella vigile... (25 mayo 1972).

Lectura de los textos de la Misa de la Maternidad divina (1 de enero). La colecta: "por esta maternidad se nos dan los bienes de la salvación". Visión de mi pasado a esta luz: conciencia de que en la base de mis enormes fallos está la falta de sentido filial. Debo agradecer a Dios, como don muy peculiar y temprano, este sentido de la realidad celeste. Para mí no es metáfora, comparación acomodaticia, el paralelo entre mamá y la Virgen. Para mí es exactamente lo contrario, tal como lo predico (25 mayo 1972).

La maternidad de María es MEDIACIÓN: no entendida al modo carnal (no podemos pensar que "María nos lleva a Jesucristo, porque es más fácil relacionarse con ella o inspira más confianza o resulta más cercana..."): Jesucristo concede a su Madre ser mediadora respecto de sí mismo, movida por Él, alentada por su Espíritu: el símil bíblico del cuerpo arroja luz:

Me parece que me voy acercando paulatinamente, a una inteligencia recta de lo que llaman mediaciones. Partiendo de la misma realidad central del Cuerpo Místico. La Virgen no es "propriadamente" mediadora, como no es estrictamente mediadora una mano, respecto de la persona que ase un objeto, o la mano de otra persona. Lo que me molesta de la palabrita es que establece una paridad, o al menos una semejanza, entre la mediación del Señor y la nuestra: Cristo nos lleva al Padre, María nos lleva a Jesús.

La proposición es cristianamente malsonante. (...).

Cristo nos lleva al Padre asiéndonos con María. El con - que usa Kolbe- me suena mejor. Y ciertamente con sentido activo y fructuoso y personal: pero personal de "instrumento" o, según el lenguaje que me halaga, de colaboración. Pero el sujeto inmediato último personal, es Cristo, el Espíritu Santo.

A Jesucristo sólo puede formarle, acrecentarle, el Espíritu: que mueve a María y a José. Creo que el panorama se me va ensanchando, esclareciendo, y ciertamente con carácter de eficacia. Evidentemente operativo. Mas preciso de mayor operación: más continua, más reiterada, más ostensible para mí

mismo. Eso constituye el testimonio recibido del Espíritu, listo ya para la comunicación testimonial (12 septiembre 1987).

Por eso se entiende a María y se entra en verdadera relación con ella en la perspectiva de la totalidad, desde Jesucristo y la Iglesia, tal como hace *Lumen Gentium*. Este partir de la totalidad es uno de los rasgos más peculiares de Rivera; él lo llamaba capacidad de «concreción», de ver cada cosa en la relación que tiene con las demás, no abstracta, aislada, individualmente; es la única manera de entenderlas de verdad:

Me parece una mediocridad -y no califico de mediocres a quienes la mantienen- esperar la reedificación de la Iglesia de un aspecto particular de su anchísimo y altísimo ser: la devoción a María; la devoción al Sagrado Corazón; el apostolado de la cultura; el fomento de agrupaciones con talante de comunidad; el incremento de los aspectos carismáticos por un movimiento determinado; el movimiento de..., el otro movimiento de..., la organización; las instituciones...

Todo puede ejercer su plausible función; pero la Iglesia es más que todo eso, aun tomado en conjunto.

Dada la propensión humana a lo "concreto", a lo "particular", cada ejercicio singular entraña el peligro del grupo, frente a la inmensa comunidad de la Iglesia universal. Y ciertamente cada persona tiene su faena encomendada; pero ha de trabajarla como nudo de relaciones personales universales, y con la advertencia muy despierta del menester universal.

No hay remedios parciales; no hay puntos de vista parciales. Existe un proyecto universal y eterno divino, y quien no lo recibe como universal y eterno, no trabaja en él, por más que se afane y sude en "su" parcela, intentando seriamente llevar a cabo la universal labor encomendada al Cuerpo Místico total, cuyo miembro es... (17 junio 1988).

La Virgen y la Iglesia. No son comparaciones, sino que María es miembro de la Iglesia, y miembro maternal. Por tanto es la analogía entre v.gr. corazón y brazo, no entre entidades dispares. La contemplación de la Virgen es fuente necesaria de mi

inteligencia del misterio de la Iglesia... Las lecturas acerca de la Iglesia deben tener, como fondo de referencia continua, la figura de María en su totalidad... (28 septiembre 1989).

Por lo mismo, la elección personal del individuo debe mostrarse en la Iglesia, según el texto de Ef.1., y de ahí entender la altura de nuestra santidad. No según la función visible en la Iglesia terrena visible; sino la función invisible -aunque manifestada de alguna manera ya en las terrenas condiciones- en la Iglesia eterna. (Así la santidad fontal de María y José...) (12 diciembre 1989).

Tener por Madre a María significa para nosotros la llamada a vivir filialmente: puesto que se trata de una relación personal, no de algo meramente físico o biológico. La vida cristiana, decía él, es vida de relaciones personales antes que prácticas morales o culturales; en primer lugar, nuestras relaciones constitutivas con las Personas divinas; pero también con la Virgen, con la Iglesia de los santos y de los caminantes. Esta relación personal con María está hecha fundamentalmente de tres rasgos:

*1.- Actitud filial:* es la conciencia de estar siendo engendrado por María; esta actitud es más que sus expresiones y más extensa que unas simples prácticas. Les da sentido. Conciencia que tiende a ser continua, impulsada desde la liturgia, que ha de extenderse a todo, incluidos los frutos apostólicos, imposibles sin la acción materna de María: es que es más asunto suyo, como Madre, que nuestro:

Estimo provechoso encomendar -que propiamente significa: tomar conciencia de que es negocio suyo- a la Virgen:

a) el asunto de los gitanos:

En cuanto a las necesidades inmediatas en que estoy comprometido.

En cuanto a la posible actividad pastoral, de enorme importancia y envergadura.

b) La inteligencia de la consagración, el sacrificio total, sobre todo en lo que atañe a lo corporal...

Son las 11,30. Terminaré esta primera meditación con el rezo de los misterios gloriosos, procurando excitar la confianza en la colaboración de la Virgen... (1 febrero 1986).

Más vale vivir lo esencial cristiano con conciencia filial que multiplicar las devociones; no son desdeñables, pero son signos que expresan y ayudan a acrecentar la actitud: aquéllas son los medios, ésta es el fin: por eso los medios son flexibles, personales, relativos, mientras que esta conciencia filial es ineludible, imprescindible para recibir la vida divina:

Idea de la maternidad de María: rezando el rosario pienso que es la madre quien debe enseñarme a leer, como mamá me enseñó a leer castellano y francés, que ella me instruya, para deletrear y llegar a leer de corrida, el lenguaje divino del Amor. Y, naturalmente, mamá sólo alcanzaba a la enseñanza exterior: el sonido y la reunión de sonidos, y el significado externo, natural; pero Ella puede enseñarme por dentro: los sentimientos correspondientes... es su función, no pido nada que exceda su "obligación" maternal... Pero igual respecto de cualquiera (15 enero 1973).

Sigo viendo como básico el recurso a María, cuya expresión más perfecta es probablemente: postura filial respecto de ella. Todo bien me ha de ser dado por ella (11 enero 1973)

Y ahora intento meditar un poco el Magníficat. Prosigo pensando en simplificar al máximo mi vida: la devoción a la Virgen ha de intensificarse, pero sin multiplicar las prácticas. Sino ahondando en la liturgia. El rezo del Magníficat y de la antifona final del oficio. Y las celebraciones de las fiestas y de las conmemoraciones sabatinas.

El Magníficat, sea cualquiera su origen, expresa ciertamente en la intención de Lucas -y del Espíritu Santo- los pensamientos y sentimientos de María. Así he de rezarlo cada tarde, como una participación de su espíritu. Con la docilidad de quien aprende de su madre; con la confianza de quien tiene buen maestro; con el deseo de penetrar en su interior; con la certeza de

que seré transformado por ella: universalizado-centrado en Dios (7 diciembre 1979).

Voy acabando el rato de oración de la mañana; son cerca de las 2. La idea capital: el poco esfuerzo que la vida espiritual requiera ha de orientarse hacia lo esencial, hacia la base: iniciativa del Padre, por Cristo, con el Espíritu; colaboración maternal de María -en la Iglesia madre- trabajando sobre un fondo ignoto de mi personalidad, pero en lo manifiesto, sobre mis actitudes y últimas inclinaciones desordenadas, hasta llegar a la abnegación. Estimo que, de momento, lo principal es la conciencia de la acción de María en mis actos interiores, según lo expresa con fortuna la oración de S. Efrén copiada arriba. Así se trata, ni más ni menos, que de renovar al comienzo de las acciones esta conciencia de su intervención. Y dejarla actuar. Viene a ser, por ahora, darla una oportunidad... (10 diciembre 1974).

Años más tarde puede escribir:

La conciencia de la actividad maternal de María es mucho más operante (24 septiembre 1976).

2.- *Experiencia*: la contemplación es fuente de experiencia de fe, que se nota por los frutos que produce, que hace tomar postura explícita ante lo que los ojos no ven pero la fe hace mucho más real que lo visible: no es por lo tanto una experiencia sensible, sino una postura personal intensa, continua, que brota de dentro, que tiene repercusiones ciertas en la manera de plantear todo:

Que estudien seriamente y expliquen los psicólogos las necesidades afectivas del niño ante la madre; que garlen todos ellos. Para quien ve, la verdad es ésta: no hay salud, sino en la vivencia de estas realidades únicas. No hay equilibrio afectivo, sino por la recta, exacta experiencia filial, respecto de María; porque ella es la única madre de verdad; puesto que sólo hay una vida verdadera (30 mayo 1972).

Experiencia de estos días: acción inmediata, e insuplible por mis esfuerzos, de la Virgen, del Espíritu... (3 junio 1972).

3.- *“Pasividad”*: dejarse educar, conciencia de que es Ella la que actúa: si con respecto a las Personas divinas no podemos sino recibir, la misma postura debe tenerse con relación a María: ser buen hijo de la Virgen es dejarse criar por ella, tender a la santidad con la conciencia de que todo lo recibimos con su colaboración: por eso la mejor devoción a María es la santidad de vida:

Principios que deben regir mi camino: Vida de Cristo presente en mí. Eficacia de su presencia eucarística. Acción maternal de María. Ayuda de los ángeles. El progreso no es fruto de mi esfuerzo, sino de la recepción de impulsos suyos. Ante cualquiera de las tentaciones no intentar contrariarme con un esfuerzo mío, sino acudir a María, a Cristo, al Espíritu, al Padre, a los ángeles, y actuar según la energía recibida. Producidos los fallos, no reaccionar contra mí. Casi nunca se trata de materia de pecado, consiguientemente no puedo asegurar que, caso por caso, la voluntad del Padre es el acto más perfecto (28 enero 1975).

Pero en el diario se aprecian dos aspectos muy personales en la relación de don José con la Virgen María:

1.- El papel que don José atribuye a la Virgen en su despegue espiritual, en el que, a juzgar por el diario, parece un año clave, decisivo, en su vida, el año 1972:

Pervivencia de muchas iluminaciones concretas de los últimos meses: función maternal de María, eficacia de la eucaristía, valor del sacrificio, incluso corporal, temor del pecado... (26 julio 1972).

Pasado mañana es la fiesta mayor de la Virgen. Uno de los regalos de la última época ha sido esta conciencia más vivaz y más letificante de mi relación filial con María. ¡Y tantas visiones henchidas de confianza, de regocijada confianza, respecto de la

eficacia de la liturgia! Queda mes y medio casi, de verano. No tengo por qué perderlo; la esperanza fue siempre, desde que recuerdo, una virtud -fuerza, dinamismo- que actuó en mí. Siga obrando. La espera del milagro (13 agosto 1972).

Y lo recuerda con la perspectiva de 5 años:

He de repasar todos los proyectos prácticos del curso, y luego - en Toledo- relejendo los apuntes, sacar nota de las ideas principales que me ha ido sugiriendo, desde la Inmaculada. A partir de entonces, en esa fiesta de María, comencé una etapa de mejora, relativamente duradera. Dios me conceda que, partiendo de esta otra fiesta de María, inicie una nueva etapa sin interrupción... (15 agosto 1977. Festividad de la Asunción de María).

Sigue asociando desde entonces su progreso a fiestas de la Virgen, como signo de su intervención necesaria:

Hoy, fiesta de María, espero se produzca algo: un paso importante, definitivo... Procurar algo más de oración y rezo de todo el rosario... (7 octubre 1983. Nuestra Señora del Rosario).

2.- Y la concreción de este papel maternal en la consagración a María que él hace y prepara a su manera, verdaderamente ilustrativa y yo diría que modélica: varias consagraciones a lo largo de los años van preparando una “definitiva”, en el Año Santo del 87. Algo parecido a los “votos temporales” en relación a los “perpetuos”:

Resumen de toda mi postura: hoy, día de la Trinidad, consagración personal a María -consagración de mi apostolado- de unas cuantas personas concretas; voto (28 mayo 1972).

La prepara a su modo, remotamente, con tiempo, con abundantes reflexiones y lecturas, con oración y petición: no es un acto ritual, externo, de poca importancia y que puede hacerse sin poner el corazón; porque no es algo automático: consagrarse a M<sup>a</sup> no es el fruto de la fórmula que se pronuncia sino de la fe y la actitud filial con la que se

hace; él quiere que sea verdaderamente expresivo de la realidad y le acreciente la capacidad de vivirla: en mayo empieza a entreverla ,a prepararla:

Comienzo la novena del Espíritu Santo. Estos primeros días intensificar la conciencia de mi relación filial con María. Relectura de la encíclica y del librito sobre la doctrina del P. Kolbe; posiblemente de alguno de los libros de Grignon de Montfort... (29 mayo 1987).

En septiembre va rematando la preparación, porque se acerca el momento de realizarla:

Día 8 de Septiembre. La Natividad de María. (87)

Comienzo la oración a las 2,45, o poco más tarde. Termino la lectura de "El secreto de María", de San Luis Grignon de Monfort. Determino iniciar una temporada de preparación inmediata a la consagración, siguiendo el consejo del santo mismo. Intensificación de lecturas y meditaciones acerca del pecado, para desear más la purificación, y de María, según el esquemilla anotado ayer. Consagración temporal el día 7 de Octubre, fiesta de Nuestra Señora del Rosario. Consagración definitiva el día de la Inmaculada.

Naturalmente lo único capital es la actualización de la presencia de María. Que debe ser resultado -en cuanto a mis colaboraciones- de lecturas y reflexiones más reiteradas sobre el asunto. Y por supuesto, tomado con más amplitud refleja de lo que propone el mismo santo:

a) en cuanto al sentido pastoral: más consonante con las proposiciones del P. Kolbe.

b) En cuanto a la persona misma de la Virgen: más conciencia de su realidad individual, de sus relaciones, ante todo con S. José.

Creo que sería bueno ir repasando las letanías y las fiestas litúrgicas de la Virgen.

La consagración viene a ser una realización de la dirección espiritual, con intensidad y actualización mayor - incomparablemente mayor- y con alcance a tantos miles de

pormenores teórico-prácticos como se presentan continuamente, y a los que la tal dirección no puede llegar.

Pastoralmente los menesteres de atención al seminario -a los curas- a los pobres, me desbordan (aun supuesta mi pobre vida espiritual) totalmente.

Individualmente hay multitud de detalles a los que mi atención no es capaz de extenderse. Me refiero a las deficiencias tantas veces anotadas, y en las cuales el progreso -que creo existe- es muy ligero. Desproporcionado superlativamente con mis propias visiones y las indigencias aludidas.

Por el momento, y como preparación, sólo veo la dicha intensificación de lecturas y reflexiones, y la actualización en la presencia personal, amorosa (maternal), activa de la Virgen en cada uno de mis actos.

Con la conciencia, por lo pronto, deseablemente refleja, expresa, vez por vez, de la ayuda maternal de María.

Comencemos ensayando a partir de ahora mismo.

Voy a meditar leyendo algunos textos sobre el asunto; a rezar maitines y a celebrar la Misa de la fiesta. Luego rezaré laudes, y a las 8,30 saldré para Madrid (8 septiembre 1987).

Veo más y más la necesidad de vivir la consagración con María: la reiteración explícita, refleja, de actitud filial en cada uno de mis actos. Fundamentalmente ya vivo tal postura filial; pero muy deficientemente. La necesidad de reflexión, vez por vez, no se refiere a la perfección objetiva, sino que, de no hacerlo, la actitud no influye, o no influye lo bastante, en la acción concreta. Por ello ha de ser el objeto de mi pensamiento e intención en esta temporada. En la medida en que sin tensión pueda hacerlo, dicho de otra manera, en que me acuerde espontáneamente, procurar reiterar esta reflexión, cuando vaya a ponerme en alguna situación arriesgada -de ira, impaciencia, cesiones a la comodidad, satisfacciones materiales, dilaciones de faenas, etc.-

Esperanza de que Dios quiere concederme vivir en este tenor para en adelante... (13 octubre 1987).

Como vemos, no habla de consagración “a” sino “con” María: utiliza la terminología del P. Kolbe; el fin y el origen es la Trinidad: el

sujeto de la consagración es siempre Dios; muchas veces le oímos decir que en realidad es Jesucristo quien nos lleva a María, y no tanto al revés; porque la relación de los cristianos con María es participación de la de Jesucristo con Ella. Yo me atrevería a decir que ésta es la verdadera manera de plantear “espiritualmente” y no “carnalmente” la relación con la Virgen. Es la importancia de entender espiritualmente las “mediaciones” (recordemos el texto).

Termino con un texto que me parece que expresa bien claramente todo esto en la experiencia de don José:

Otros podrán ser conducidos al Padre, comenzando por el mensaje de Fátima, la visita al Papa o a Tierra Santa, la devoción de los primeros viernes, o la visión de los problemas sociales. A mí o me mueve Cristo mismo, con su actuación en la Iglesia, o no me mueve nada. Y sólo desde Cristo, puedo captar la realidad de cualquier suceso, idea u objeto. Y lo mismo habría de decir en cuanto a las personas. No me lleva Dios hacia sí mismo, ni por amistades, ni por obediencias consiguientes, ni por devociones a santos, ni a la misma Virgen María. De siempre he sido inducido al «camino» real, por el «Camino» único: Cristo (10 junio 1979).



**"LOS AMO HASTA EL EXTREMO":  
AMOR SACERDOTAL A LOS POBRES**

*Gerardo López Laguna*

## **"LOS AMO HASTA EL EXTREMO": AMOR SACERDOTAL A LOS POBRES**

Estas palabras lo son con motivo del 50 aniversario de la ordenación sacerdotal de D. José Rivera... Es decir, hablamos sobre un acontecimiento de gracia para la Iglesia y para la historia. Un acontecimiento de Vida en que se manifiesta la Gloria de Dios. Y hablamos de Vida de modo realista. No recordamos a un muerto ni hacemos tratados sobre lo que hizo o dijo. Una de las muchas notas perseverantes en la incansable predicación de D. José era la realidad de una relación verdadera, sin ataduras ni equívocos, con los hermanos de la Iglesia Triunfante. Nosotros experimentamos la certeza de que D. José es testigo actual de Aquel Dador de Gracia por Quien vivió en pasión toda su vida terrena; y en conformidad con la Iglesia que así nos autoriza querría pedir su intercesión para que estas palabras puedan mostrar fielmente lo que esta Gracia ha hecho en él y por él, en su pensar y obrar, en su vivir enamorado.

La configuración sacerdotal con Cristo Pobre, que conduce ineludiblemente a la búsqueda de la pobreza y al amor a los pobres de Jesucristo.

Es ésta la clave que ilumina y fortalece el resto de sus visiones sobre la pobreza y los pobres, amplias visiones que apenas podemos tratar aquí... sus proféticas condenas de toda codicia; la relación íntima entre la misericordia y la justicia; la llamada a la pobreza personal e "institucional" de la Iglesia; la defensa de los pobres ; su carácter de "base" junto a la Liturgia y el Obispo para la edificación de la Iglesia; sus llamadas urgentes al despojamiento hasta el escándalo; la desvalorización de la mediocridad burguesa; la denuncia de toda opresión y sufrimiento provocado a los hombres; la "sobrenaturalización" de la liberación como expresión del Amor de Dios; sus palabras demoledoras frente al "orden establecido", la sociedad, sus leyes, sus modos, sus visiones históricas sobre los crecimientos y derrumbamientos de las Iglesias en tanto han sido pobres o no; etc,etc. Y todo ello vivificado por la Esperanza, anunciado no como esfuerzo orgulloso del hombre sino como don de Dios, que, como repetía sin cesar D. José, *"ciertamente quiere dar"*...

Esta "clave" -Cristo, Sacerdocio, pobreza, amor a los pobres , es clave del sacerdocio común y clave específica, poderosa y provocativa,

del sacerdocio ministerial. De un modo cualitativamente diverso en la medida en que el sacerdote actúa *in Persona Christi*. Su pobreza interior, la que le es dada en el bautismo y en la ordenación, pugna con el mundo manifestándose en la forma notable de una pobreza visible. En el sacerdote esta "visibilidad" tiene poder sacramental. Y convierte a otros, que son liberados de esa raíz pecaminosa que es la codicia y el consecuente desamor a los hermanos.

Así lo han vivido los santos sacerdotes... S. Juan de Avila, el Cura de Ars, Chevrier... los que el Espíritu ha indicado a la Iglesia para que muestren a todos los hombres, pero especialmente a los sacerdotes, cómo es la acogida de la Gracia con que El quiere conformar a sus llamados según el Sacerdocio de Jesucristo. Ellos vivieron pobres y amaron a los pobres.

Y esta es una de las piedras de escándalo en la Iglesia -y de los hijos de la Iglesia respecto al mundo- desde siempre: los santos sacerdotes, pobres, han sido perseguidos de muchas maneras por sus hermanos, precisamente por ser testigos de la Fuerza de Dios manifestada en su pobreza, y por ser testigos del hacer subversivo de Dios expresado en ese andar entre las gentes que el mundo oprime y estima en nada... Estas situaciones, vividas por D.José mismo, y conocidas por él en las innumerables hagiografías leídas, le hacía reflexionar sobre el misterio de las permisiones divinas, pues tal persecución no es querida por Dios. Ni siquiera permitida, sino "*aguantada*", decía él.

La Iglesia debería ser perseguida por el mundo, reflexionaba, pues la permisión de este pecado pone de relieve la fidelidad a la gracia de la Iglesia y -esto es crucial- es el camino por el que los perseguidores, convocados por Dios a la santidad, obtendrán la conversión mediante el testimonio de los mártires... Pero la persecución en el interior de la Iglesia habla de infidelidad; y si es cierto que así se han santificado muchos de los perseguidos, pues Dios saca bien del mal, también es cierto que tal actitud impide el crecimiento de la Iglesia porque oculta el Rostro de su Esposo. En estas reflexiones oradas ponía D.José de manifiesto que la pobreza y el amor a los pobres han sido y son causa poderosa de persecución entre los hijos de la Iglesia. El lo padeció. Situaciones que denominaba una y otra vez "*humillaciones objetivas*",

porque subjetivamente en cuanto a percepción sensible, como también repetía "me traen al fresco"... Lo que le dolía era el significado de esas calumnias, ese ostracismo, ese obstaculizar sus intenciones de avanzar en la pobreza, ese desautorizar sus acciones con los pobres, etc. Significado que hablaba de la mediocridad de los promotores y que hablaba del tono vital de una Iglesia. Y ambas cosas eran acicate para sus penitencias expiatorias...

Este espíritu mundano se introduce en la vida de los sacerdotes, en la vida "oficial" de la Iglesia, en las curias, en los seminarios, y se hace "cultura", filtro de "valores" desde el que se concretan aspiraciones y modos de hacer. De modo gráfico describe este espíritu D. José en su Diario: *"Nuestras costumbres: elección de Pablo y Bernabé para la misión: un día que ayunaban y daban culto al Señor... les inspirará la segregación de Saulo y Bernabé; vuelven a rezar y ayunar y les imponen las manos... Nosotros banqueteamos... Así nos va..."* (p.229O)

Para él esto no son abstracciones. Con mucha esperanza, sin ningún juicio condenatorio y con notable buen humor, él predicó contra estas costumbres establecidas que sitúan a los hijos de la Iglesia entregados a la vanidad de las riquezas y fuera del lugar escogido por Dios para que Su Iglesia dé fruto, es decir, lo pobre y lo bajo del mundo: modos de celebrar las ordenaciones, las reuniones de sacerdotes y las fiestas litúrgicas sacerdotales, regalos, sentido de escalafón con privilegios materiales y honores mundanos incluso en los seminarios, modos de vivir, de vestir, acumulación de artefactos, viviendas sacerdotales como pisos de soltero burgués, etc... Todo ello vivido sin conciencia alguna de estridencia antievangélica.

En la respuesta sobrenatural que Dios ofrece a través de la vida de D.José vemos como un eco de las operaciones divinas ya acaecidas en hermanos como el Cura de Ars: la respuesta del amor y la expiación.

Hablamos de un profeta apasionado, cuya vida y predicación, cuya vida íntima con Dios que reflejan pálidamente sus Diarios, han sido estruendo de luz y de Amor. Por eso su alegría perenne, jamás encontrada ni por mí ni por muchos otros en nadie; por eso, su ternura sobrenatural percibida por innumerables personas oprimidas y angustiadas que le trataron directamente, ese reflejar la Bondad del Padre, esa sensación de muchos que como eco de la relación de cada uno con Dios, sentían en el tú a tú con este sacerdote, el ser únicos y exclusivos para su atención amorosa...

Esta clave que vamos a mostrar aquí -la configuración sacerdotal con Cristo en la identificación con los pobres- responde a otra "clave" fundamental: la fe en la Gracia del Señor. D.José ha sido toda su vida terrena "perseguidor" de un milagro, pues él bien sabía que ni en él ni en los hijos de la Iglesia que deseaba transfigurada escandalosamente por la caridad, hay "soporte natural" alguno que pueda hacer posible ese amor y ese sufrimiento vicario por los pobres. En su Diario él constata, sin alarma angustiosa ni desesperación, que sus palabras eran admitidas por muchos como orientaciones de pensamiento, pero que las acciones coherentes con esas palabras casi nadie pensaba siquiera en que fueran motivo de seguimiento... ¡Y está hablando de una gracia, un don, que Dios quiere dar a sus sacerdotes! No que calquen la vida de D.José, sino que pidan con insistencia la gracia de ser fieles al don del sacerdocio. Fidelidad que traería confluencias fundamentales con la vida de D.José y diversidades con que Dios orna a su Iglesia para que su universalidad se exprese ciertamente. Es decir, hablamos de una petición perseverante de gracia que conduce necesariamente a pobreza chocantes y a gestos inauditos de cercanía, defensa e identificación con los pobres. Así es el Evangelio donado y prometido a todos...

Como decía el mismo D.José, "*garlen cuanto quieran*", pero si esto, este testimonio de santidad sacerdotal no se produce o se localiza en unos cuantos marginados aquí o allá, es porque tal petición de gracia no se hace.

"La Sangre del Pobre" es el título de un libro apasionante y polémico de Leon Bloy. De este autor decía D.José que podía tener muchos defectos pero que "*veía lo capital*"... Hablar de "Sangre" y hablar del "Pobre" es hablar de la Pasión de Cristo, de su Sacerdocio. Jesucristo, el Verbo de Dios, el Señor de la Historia, es el "Pobre", el "Siervo", el Condenado de modo infame. El es lo que el mundo no valora, aún más, lo que el mundo desprecia y aplasta. Así los pobres de toda época, circunstancia y lugar. D.José ha sido ungido en ese sacerdocio, y no en otro. Pues no hay otro.

Para D.José, la continuidad entre el Amor de Jesucristo a nosotros y el consecuente amor a los hombres significado de modo elocuente y gratuito en el amor a los últimos, así como la propia pobreza en comunión con ellos desde El, constituye una única acción que no duda en calificar de contemplativa: dice en su diario: "*S. Vicente aconseja a los suyos dejar la oración, si es preciso servir al pobre. Notar que si*

*realmente se hace como un servicio, es que la fe está actuada y la caridad también, inmediatamente centradas en Cristo. No hay, pues, estrictamente hablando, tal abandono de la oración por otra actitud, sino la adición de una actividad a la contemplación continuada. Pero ello no puede aplicarse a las operaciones de las mayoría de las gentes, cuya contemplación no existe..."* (p.890)

Sin amor a los pobres, ni fe ni caridad actúan, y por tanto no hay relación con Cristo, digan lo que digan nuestras efusiones sensibles. Pues si hay comunión, hay comunión de vida y expresión de esta misma vida. Desde aquí valora D.José nuestras actitudes y hechos, desde lo que hizo Cristo en su vida terrena y desde lo que hace en la donación de su Espíritu. En sus escritos y predicaciones insistirá: son las *"mismas actitudes"*. Este es el referente, confirmado por el Espíritu en el Magisterio de la Iglesia. Y no valen dilaciones ni vacilaciones cuando nuestras actitudes desmienten la actitud de Jesucristo respecto de los pobres. El escribe: *"Notar la insistencia del Papa en hablar de la misión apostólica, que se nos da en el bautismo, respecto de la Iglesia universal; y de la opción preferencial por los pobres. Que abarca también sus problemas humanos: la cita del Evangelio: Cristo no quiere despedirlos sin comer, no sea que desfallezcan por el camino. ¡Y mueren de hambre millones!"* (p.2703)

Desde esa Vida comunicada por Cristo no sólo valora D.José las actitudes de los hijos de la Iglesia como comunidad visible, sino su propia vida, su propio caminar. Y para él, las consecuencias son evidentes. Dice así: *"Pues sí, morir con Cristo en la cruz, y simultáneamente con ellos en el hambre, en las angustias objetivas -yo, de angustia nada, esa es la verdad- en las idas y venidas y los cálculos vanos para resolver problemas ... insolubles, mientras las gentes divididas `comulguen` (lo pongo entre comillas porque no hay tal comunión real, comunicación real) y permanezcan en su dureza de corazón para las otras presencias del Señor..."* (p.2512).

En su predicación y en su Diario, D.José repite sin cesar que este llamamiento a la pobreza y este amor sobrenatural de preferencia a los pobres, es un dinamismo vital -con capacidad de crecer y expresarse- dado a todos en el Bautismo.

De modo luminoso describe D.José las luces recibidas en la Iglesia que confirman y vigorizan la universalidad del carisma de amor a los pobres, en este texto sintético: *"Pero he de cuidar de no reducir a*

*vocación particular lo que el Evangelio promete a todos. Y no perder de vista que en el mundo actual, en los ambientes europeos en que nos movemos, la caridad es una exigencia evangélica universal, en un grado que ciertamente no alcanzaba antes. Por la profundización del Evangelio mismo, por el conjunto de circunstancias que se conjugan (comunicación universal; excitación psicológica a la posesión; condiciones de miseria espantosa, provocada por la riqueza de otros; intensificación de la conciencia del valor personal humano...) de hecho, nos encontramos siempre, en las circunstancias que los santos han juzgado extremas en otras épocas..." (p. 1926)*

Rotundamente lo predicará así: no es vocación particular, y específica "*nadie tiene como 'peculiar' el carisma de la caridad. La fe 'respira' por la caridad*" (p.1944)

El amor a los pobres y el abrazar la pobreza, no sólo son vividas como un carisma universal por el poder del bautismo, sino como un específico carisma sacerdotal, que no es "paralelo", sino que es concebido precisamente como "fuente" para que todo el Pueblo de Dios pueda vivir este don universal. El sacerdote, efectivamente es un "alter Christus" que tiene capacidad sacramental para santificar en todos los aspectos a los fieles. D.José reza, predica, expía, testimonia visiblemente, para que los sacerdotes pidan la gracia de desarrollar y expresar la propia gracia que ya se les ha dado en el sacramento del Orden. Y constata la carencia de fe en este sacramento; otra vez como acicate para su propia fidelidad.

Dice en el diario: "*Observar que el sufrimiento, hasta el corporal, en cuanto compartido con los 'hermanos', es ingrediente necesario de la personalidad ministerial. Y eso como fuente, para la misma actitud en los sacerdotes que participan del sacerdocio común... Y notar la enorme penuria de semejante actitud entre los cristianos y los presbíteros y obispos.*

*Las frases corrientes, que se citan como normas de conducta: cada palo que aguante su vela... (...) yo no he de pagar las culpas ajenas...; la gente repite cosas semejantes día tras día, cargada de razón... y luego va a comulgar aunque sea dos veces" (p. 2303).*

El que este "ingrediente necesario" sea tan escaso, D.José no lo achaca a la debilidad humana, pues él sabe de la misma y de las ataduras, oscurecimientos y equívocos que provoca. La cuestión entonces no se

cifra en unas potencialidades humanas traicionadas, sino que se centra, como siempre, en la gracia...

Las consecuencias de este no expresar, bloquear, lo que es un carisma sacerdotal de pobreza, son tremendas. El testimonio se debilita o desaparece sin más. Pues todo sacerdote debe y puede hacer presente a Cristo ante los hombres. Y Cristo es el que "siendo rico se ha hecho pobre" para elevarnos, el que ha venido como "siervo", "a servir y no a ser servido"... Sin abstracciones. Negar esta verdad contradice a la propia Iglesia, y D. José así lo ha contemplado y sufrido. De modo expresivo escribe: "*Vergüenza del otro día: el domingo. Contraste entre la casa parroquial (¡y la cómoda parroquia!) y la casa de la anciana enferma... Mientras admitamos esto, la Iglesia no puede crecer*" (p.2430).

D. José pone su punto de referencia en Jesucristo y sus actitudes Personales, no en el mundo. Por eso, su referente es la pobreza, la pobreza real, el sufrimiento de los hombres. No le valen unas meras mitigaciones de la riqueza. Aún más, él ve en lo que llama los "acomodados" mayor peligro por el carácter de "inadvertencia" que suele tener esta forma de vida...

Dice en el diario "*Observo que en la Iglesia, el punto de referencia son siempre los que llamo "acomodados". Sin duda, en relación con el "fasto" aprobado de hace no muchos años -yo mismo he llegado todavía a experimentarlo- la Iglesia ha mejorado y no poco. Pero nos hemos ido alejando de los "ricos", "los poderosos". No hemos establecido, como objetivo explícito el acercamiento a los pobres. Nadie se ha molestado -dentro, realmente dentro, y desde la Iglesia misma- en estudiar la pobreza de la Iglesia Madre; qué ingrediente constituye la pobreza, con el fin de realizarlo.*

*Es curioso. Porque la faena no se presenta como muy costosa, ni el éxito como muy improbable... Hablo `a lo humano`. Pensando en la gracia del Espíritu es fácil y cierta... y termina afirmando, pero no acometida, desde hace siglos..."* (p. 2492).

La instalación habitual, como modo en el caminar de la Iglesia, en esta mediocridad mundanamente "prudente" y "decente", así como el contraste con la vida real de los pobres y las evidentes y numerosas salidas de tono en cuanto a la persecución de riquezas, tienen como resultado un horroroso estrago espiritual. En el sentir común de numerosas gentes, un sacerdote pobre y que anda entre los pobres, no sólo es percibido como excepción, sino como consecuencia de una

"opción individual" o una manía o una forma de ser natural... aún "en contra" de la Iglesia en sí. Incluso si se utiliza vaga e intuitivamente la noción de "santidad" para calificar a tal sacerdote, se percibe como algo ajeno a la constitucionalidad de la Iglesia. Escribe en el diario *"Siempre que hay alguna ejecución realmente evangélica, la gente piensa que el cristiano se está saliendo de la órbita de la Iglesia como tal. La vieja anécdota del Obispo de Vitoria, ayudando al chofer a arreglar un desperfecto de su camión: `si le viera su Obispo`... Como echar una mano a otro es bueno, sin más, el pobre camionero no pensaba que fuera admitido en la Iglesia, por el obispo..."*, y D. José concluye, *Anécdota sobremanera expresiva...*" (p.2544).

Es este otro de los motivos permanentes en la predicación y reflexión personal de D.José: Dios no quiere santos "suelos", dispersos en su plan ordinario de salvación. Puesto que El quiere la santificación de todos los hombres, y la Iglesia es "sacramento universal de salvación" como dice el Concilio, El quiere, normalmente, como norma, un testimonio comunitario de santidad en su Iglesia. Y este testimonio, el ser testigo de Cristo, se expresa necesariamente en pobreza y en el mundo de los pobres. Testimonio unánime de los santos y gracia donada para nuestra santificación, así lo reclaman.

Efectivamente, y en afirmación tajante y universal, D.José dice que *"los sacerdotes están llamados a la pobreza evangélica y a la evangelización primordial de los pobres"* (p. 2048

Hay una Tradición ininterrumpida, aunque con altibajos en la atención a la misma, en toda la historia de la Iglesia, que relaciona la Eucaristía con el Amor a los pobres y la vida pobre. Como signos específicos de la vida sacerdotal. D.José profundizaba sobre esta comunión real que transforma al hombre según los sentimientos y actitudes del mismo Jesucristo.

En su Diario se encuentran diversas reflexiones que ponen de manifiesto diversos aspectos de esta unidad sustancial. Eucaristía y Amor a los pobres son presencia clara del Señor... dice: *"A medida que oro, leo, predico, se me robustece la persuasión de la primacía de la atención a los pobres, a los abandonados, a los preteridos en todos sentidos... Atención en su significación plena, no meramente marginal, como añadido, aun deseable. Así en la formación de los seminaristas. Ejemplo de los santos: todos -que yo sepa- han dejado todo, para acudir a volcarse en las situaciones de indigencia notable: que es ciertamente*

*la situación actual. La mera constatación de las resistencias que suscita tal postura, indica perspicuamente la verdad de mi pensamiento. La Eucaristía y los pobres (los verdaderamente pobres, los que reúnen las diversas maneras posibles de pobreza) son las imágenes más expresivas -y por lo mismo más santificantes- del Señor " (p. 2042).*

Para D. José esta relación no está "compartimentada"; él ve una identidad sacramental entre estos amores. Y así se entiende esta "queja" plasmada en su Diario : *" Entre unas cosas y otras han logrado aislarme de los pobres. Se realiza una `atención´ más ancha que la prestada por mí, ciertamente; pero actualmente, en primer lugar, yo apenas los trato ya... lo cual es algo así como si dejara de celebrar Misa, o de permanecer ante el sagrario" (p.2340)*

El motivo de esta comparación estriba en que él no establece un "paralelismo" entre la presencia del Señor en el Altar y la presencia del Señor en los hermanos que sufren ("A mí me lo hicisteis..."). La acogida personal, no distanciada ni ideal, del sufrimiento de los hombres ES el lenguaje de la Eucaristía. Así puede afirmar: *"no puede llamarse testigo, no lo es, sin más, quien no es captado por la totalidad de Cristo mismo. Quien no es conmovido por cada una de sus palabras. Pensar que se cree en la transubstanciación, si no se cree igualmente en las bienaventuranzas, en la presencia de Cristo en la degradación humana, es error soberano. No es testigo quien no ansía la pobreza, quien no prefiere a los degradados, quien no estima el sufrimiento como utensilio de perfección" (p.2256).*

Ante la constatación de esta contradicción habitualizada, D. José renueva su afán de verdad y de totalidad; como fin, como principio de vida, y como medio para reparar tal contradicción blasfema: la conjunción de un supuesto culto eucarístico con el desprecio y el olvido de los pobres. Escribe: *"El contraste entre la atención al Cuerpo físico y la desatención al Cuerpo Místico, me va saturando de estupor...*

*No soy el único; si no yerro, Camilo Torres debió de sentir algo muy semejante. Pero la solución verdadera no es la elegida por él. No se trata de lanzarse a las guerrillas; no se trata de suprimir las celebraciones eucarísticas hasta que los cristianos hayan entendido, hayan practicado, en ciertas dosis mínimas, los variados aspectos del evangelio... Sino de predicar, con testimonio total, el evangelio, la realidad de la eucaristía. No hay culto real a la eucaristía, mientras se obstaculicen sus efectos... Y una faceta de la totalidad del testimonio es*

su *visibilidad insoslayable*. *‘Clama, no ceses’: el testimonio tiene que ser clamoroso e incesante. Cuando no es así, no es. Y por lo mismo se convierte en escándalo, puesto que confirma la mala conciencia, o por lo menos el error del cristiano deficiente...*" (p.2046).

Esta visibilidad conduce a D. José a reflexionar sobre otro de los motivos habituales de escándalo que oscurecen la misión de la Iglesia: la riqueza en los elementos del culto... Por supuesto no se trata de cebar las posturas subjetivas y objetivas de la mayoría de los escandalizados, cuyas vidas están orientadas de modo afanoso en acumular tanto como puedan -poco o mucho- rindiendo culto litúrgico a su dios, el dinero... Se trata de la permanente purificación en Caridad de la Iglesia Peregrina que pugna con el espíritu del mundo en sus propios miembros.

D. José ofrece en sus reflexiones motivos fontales que hablan de pobreza y sobriedad en esta misión específica del sacerdocio ministerial, cual es el culto y sus elementos expresivos.

Nosotros, tentados, trasladamos lo que el mundo estima como valor a nuestras expresiones litúrgicas. El resultado moral es la confirmación de los valores del mundo, y el desprecio consecuente del Evangelio. Don José escribe luminosamente "*Generalmente damos por válidas estimaciones naturales, no acrisoladas, y las aplicamos tal cual a nuestra relación con Cristo, pese a que El ha obrado de manera opuesta, descaradamente opuesta.*

*Suponemos que el oro, el lujo, las manifestaciones de gloria y honor humanas, son buenas sin más, y las usamos en el culto. Con ello, mas que nada, conseguimos remachar en las gentes la rectitud de la estimación. Y naturalmente, crece la codicia, la soberbia...*

*Debemos -y ya- actuar al revés: desprestigiar el oro, el lujo, los honores humanos... y de ahí brotará el cambio en la estimación de las gentes"* (p.2009).

D. José contempla la relación entre la claridad del signo sobrenatural que el sacerdote administra, y los frutos consecuentes de santidad. Si el signo está contradicho por elementos que lo expresan, se introduce una ambigüedad que puede culminar en el pecado, esa confirmación indirecta de la codicia y la soberbia, por ejemplo, que tienen como soporte el oro y la pompa...

Habla también de los extremos de la contradicción entre la operación de Dios y los elementos sensibles que nos fabricamos y que supuestamente quieren dar gloria a Dios. Y lo dice de una manera para

muchos escandalosa pues desvaloriza absolutamente muchos modos emprendidos o alentados por muchos sacerdotes con el beneplácito de muchos fieles. Son sus palabras algo grande sin embargo, pues hablan del modo de ser y comunicarse del Señor... dice así: *"He releído muchas páginas de la biografía de Sta. Bernardita. Maravillas divinas; las biografías dignas de confianza, nos ofrecen notablemente el conocimiento del estilo divino. Por ejemplo, esta 'opción preferencial por los pobres'. Sin duda, la mayoría de los elegidos (me brotan nombres: ella misma, Lucía y Jacinta y Francisco, el Cura de Ars, Pío X, S. Juan Bosco...) por supuesto, no faltan 'grandes', o 'medianos' de la tierra: P. Foucauld, Merry del Val, el beato Spínola ...Pero éstos, han de dejar siempre su grandeza, mientras que los otros confirman su indigencia... Y en suma, María Reina y Madre, ¿pasó jamás, en la tierra, de ser una pueblerina, en un país y en una época en que la mujer era raramente tenida en algo? Pienso que debió ser, sin duda, una palurda inculta y materialmente indigente. Y eso no lo cambian las 80.000 perlas del manto, ni los 80.000 mantos de incalculable riqueza que la cuelguen los miles de memos de sus hijos..."* (p. 2048).

Hay un afán de D. José, una pasión dirigida primordialmente a los sacerdotes para que los signos sacramentales no sean bloqueados en su fecundidad santa. Por eso su propia denuncia, lejos de mover a la condena o al orgullo, son acicate humilde para la esperanza. Son palabras de gracia... que pueden ser cruciales para muchos obispos, presbíteros, consagrados en religión y fieles...

Por eso podemos percibir una coherencia sobrenatural en esas descripciones de los modos defectuosos, equívocos o malignos entre los hijos de la Iglesia, en que, insisto, se desbrozan los caminos de las santas resoluciones, cuyos efectos -la fe, esperanza y caridad en santa pobreza- él tanto ansía:

Escribe: *"La expresión de la caridad ardiente debe ser abrasadora, mientras que el estilo general, entre las gentes de Iglesia, es gris, pesado... Compensan con razonamientos prolijos o con ceremonias prolongadas y recargadas de costosos ingredientes -ricas en suma- la penuria de nervio personal de quienes celebramos..."*

*Tal debilidad y tal tentativa inane de compensación, se observa en la mera existencia del riquísimo patrimonio: el patrimonio de la Iglesia es el pueblo cristiano que la constituye, y en primera línea los indigentes en cualquier aspecto. La Iglesia no es desde hace siglos,*

*inspiradora de arte, sino detentadora de obras artísticas. Que viene a ser casi lo contrario.*

*El testimonio se ha desvanecido entre nosotros. Se estima necesaria una cierta presentación, para mantener la dignidad de la Iglesia -que se reduce al episcopado y sus adláteres- ; presentación cara económicamente. Y no se advierte la expresividad incisiva de la pobreza descarada, de la alegría de lo que el mundo llama miseria, y que al presentarse como alegre, deja forzosamente de ser objeto de compasión. Pues quienes disfrutan con ello, no parecen ni de lejos degradados, sino viceversa, personas humanas que, misteriosamente, se encuentran en grados superiores." (p. 2514).*

Para D. José, como vemos, la pobreza de aquellos que visibilizan la Iglesia de modo inmediato, los obispos y presbíteros, es fuente de escándalo saludable para el mundo, en la medida en que hace tambalear los falsos valores mundanos, y por tanto, abre poderosas brechas para las conversiones.

El percibe la centralidad del amor a los pobres, no como algo añadido o instrumental, sino como expresión de la Misión esencial de la Iglesia, hasta el extremo de que el olvido de este carácter de centralidad compromete los frutos de la acción sacerdotal. Así reflexiona: *"He observado muy reiteradamente: si no se cuidan todos los órganos corporales, el cuerpo entero se resiente, se debilita y muere. Incluso, naturalmente, los órganos más atendidos. Y esto ha sucedido en nuestra diócesis: se ha atendido al seminario, pero no a los pobres. Ahora bien, los pobres y la pobreza son órganos vitales en el Cuerpo místico. Hoy asistimos al hundimiento del seminario" (p. 2289).* Hay que notar que D. José afirma esto cuando el Seminario está lleno e incluso provoca envidias y celos en otras diócesis. Su punto de referencia, claro está, no es la vanidad del mundo, es decir, el poder del "prestigio", del número, alimentado por las adulaciones mutuas que son expresión sutil y devastadora del desamor. Su referencia es Cristo, el Evangelio, los Santos, la santidad sacerdotal, y él nota y sabe que muchos de los seminaristas no aman a los pobres, no los conocen siquiera, no quieren ser ellos mismos pobres... y esto es agrietar y hundir un seminario.

En los últimos años de su vida, a través de su influjo como Director espiritual en el Seminario de Santa Leocadia para Formación de Adultos, intentó lo evidente: que la propia formación de los seminaristas

y quizás futuros sacerdotes, estuviera impregnada de cabo a rabo de este amor a la pobreza a la que invitaba -como la Iglesia- fruto de la petición de gracia, y de un contacto personal, reiterado y amoroso con hermanos pobres... que llegaron a tener en aquel Seminario un punto de referencia claro. Para escándalo y orquestación de calumnias a cual más necia.

Esta convicción de la centralidad "sacramental" del amor a los últimos, que relaciona sustancialmente con la Eucaristía y el Sacerdocio, le hace concebir la carencia de tal amor como factor poderoso para esterilizar las acciones fecundas de la Iglesia Madre. En unas reflexiones escritas en el Diario con motivo del Sínodo Diocesano realizado en Toledo durante 1990, reflexiones que hablan de esperanza teologal y de petición ardiente en oración, D.José plasma lo que contempla como capital para la edificación de la Iglesia diocesana... y para evitar su derrumbe sobrenatural. Y entre otras cosas propone, sabiendo que lo que propone es un milagro:

*"Que se reconozca el valor insustituible de la pobreza de la Iglesia, y de sus miembros más visibles, en el momento actual. Que se proclame con exactitud la llamada universal a la santidad: sin ambigüedades prácticas, intentando promover una idea falsa: evangelio... pero sin pobreza, sin cruz, con escasa oración, sin caridad visible, incisiva en sus realizaciones...*

*Que se oriente el apostolado por los cauces evangélicos: evangelización de los pobres: consecuencias concretas: señalar objetivos bien particulares: participación en la pobreza - convivencia siempre que se pueda - solución real y total de los problemas (económicos, educación, evangelización) evangelización confiada, con el objetivo tenido como muy próximo, de que sean ellos también evangelizadores, y precisamente los más cotizados - orientación a los centros más escandalosamente pobres: cárceles, grupos de drogadictos, alcohólicos, enfermos, gitanos... Y enviando a ellos a los sacerdotes que se manifiesten como más valiosos, de modo semejante a lo que recomienda Roma, respecto de los seminarios." (p. 2552).*

Ciertamente hablamos de gracia y santidad. Y hablando de sacerdocio no se puede hablar de otra cosa. D.José, rompiendo los moldes asfixiantes del espíritu del mundo incrustado en los miembros de la Iglesia, estima que el amor a los pobres concretado en el trato personal con ellos, produce fruto y acrecentamiento de gracia: él vive esta relación con los despojados por el mundo como un fruto de la oración, y,

a la vez, como fuente de sabiduría...dice así:"*Aunque probablemente tenga raíces naturales de simpatía general humana, respecto de los hombres y hasta de toda criatura, lo que me ha abierto indeciblemente a la humanidad es la gracia, el influjo de Cristo. Y en un nivel de maduración de hecho extraordinaria - ¡aún estando por debajo del nivel del orden, de la norma real!- es el contacto estrecho con los pobres, con puntos de vista renovados, sino enteramente nuevos, acerca de Cristo, del Padre, del Espíritu, de la Iglesia, de la sociedad, de las personas -muy pocas personas psicológicamente- acomodadas. Por esto estimo necesario , no sólo no romper la relación actual con los pobres, sino intensificarla. Verdad que tales inclinaciones las vivía ya en el Seminario y con más violencia en los muy primeros tiempos de cura; pero los últimos años, muy verosímilmente como fruto de la oración prolongada, intensificada, la continuidad de trato con mis amigos gitanos ha sido fuente de mucho..." ( p. 2568).*

D. José no circunscribe esta realidad a su vida individual. El siempre ha predicado que la santificación de cada uno se produce desde la santidad de la Iglesia: Ella es quien nos construye. Por eso, la relación entre santidad personal y amor a los pobres es remitida siempre a la Misión de toda la Iglesia: el bien de los pobres es bien de la Iglesia. Jamás como instrumento que degrade a los pobres como un mero medio, sino con causalidad real. El sufrimiento de los pobres, evitable, produce, como antes hemos visto, una "merma" en el poder sacramental, sacerdotal, de la Iglesia, que produce la dispersión de los hombres fuera de su seno. Dice en el diario: "*Debo pedir en nombre de Cristo. Experimentando la sabiduría de sus planes, su amor a los pobres, su amor a la Iglesia. Y en consecuencia, su deseo realísimo de que tal problema se resuelve en su doble aspecto: el bien total de los pobres - el bien de la Iglesia. Y en cuanto a la prisa acuciante, no hay más que considerar cómo sufren los pobres -de qué bienes carecen- y cómo se dispersan fuera de casa los hijos de Dios en vez de reunirse..." (p.2745).*

D. José sabe que esta Misión eclesial, la salvación de los hombres, es la Misión de Jesucristo. Todos los bautizados participan de esa misión... pero el sacerdote es configurado con Jesucristo de un modo específico, como fuente. Hay unas palabras en su Diario cargadas de profundidad y belleza en que de un modo peculiar se ofrece la vivencia de este amor sacerdotal, mediador, salvador...

*"Entiendo más y más, según pasa el tiempo, el amor a los pobres como actitud total del que ama, y total en la realización. Y dirigida al más pobre, y desde luego al 'menos digno' de recibir ayuda. Por lo menos si se trata de misericordia y de testimonio. Con la salida en dilema: o pese a su dureza, el pobre acaba en converso y el testimonio vale particularmente por eficaz; o el pobre no muda de conducta y el testimonio vale por la perseverancia del amor del amante..." (p. 2628).*

Toda esta vida que se expresa en sus visiones sobre la llamada a la pobreza de la Iglesia como tal y de los sacerdotes y de cada uno de los cristianos, todos sus dolores y urgencias, porque la llamada es desoída por muchos, no es algo teórico en D. José. Ni siquiera una aspiración ideal. Es una Realidad que le va transformando.

Nosotros hemos presenciado, en su vida terrena, su empobrecimiento "exterior" progresivamente acelerado; hemos contemplado una alegría, un "tipo" de alegría inclasificable que sólo pueden portar los pocos hombres libres que han sido y que son; hemos oído sus predicaciones continuas, "cargadas" de gracia y por tanto de llamamientos inauditos; y hemos visto su trato con los hermanos del pueblo gitano, con personas marcadas por las miserias, con gentes que expresaban las gamas incontables del sufrimiento humano...; hemos sabido -y muchos participado- de sus afanes por ser un signo en medio del mundo de la codicia, de la sospecha, de la autoafirmación, ¡el mundo de la "decencia"!, intentando solucionar problemas y necesidades concretas de muchos pobres... Ahí, en esa actividad, muchos han visto ya "milagros" de la gracia, cuando por intercesión de este sacerdote, ha habido y hay personas que han abandonado la senda de la comodidad y la indiferencia para repartir sus bienes y sus oraciones con sus hermanos. Como besos de la Providencia, han aparecido ayudas, dineros, gestiones, bienes, cuando humanamente no se podían esperar...

Todo esto, como ya hemos dicho, fue motivo de escándalo y ataques, y medio divino para conversiones y para "segundas conversiones" definitivas. Fue también ocasión -quizá irrepetible en la tierra para muchos casos- en que personas concretas se sintieron por primera vez tratadas y respetadas y amadas como personas.

A D. José todo ello, como muestran los Diarios, no le satisfacía. Pues el estar satisfecho no casa con quien ha "visto" el esplendor de la Verdad y se sabe urgido a totalidades sin medida.

Detrás de toda esta visibilidad, hay un "secreto" de D.José, que los Diarios han puesto al descubierto. No son realmente cosas distintas a las que predicaba; se trata de la intensidad con que han sido vividas estas Realidades, y de la vivencia personalísima, ajena a toda exterioridad "intelectual" o ideológica. Es decir, D.José ha amado de modo universal realmente, se ha identificado con los pobres en una pobreza real objetivamente durísima, ha expiado sufriendo en lugar de otros de un modo real, perseverante, creciente... durante muchos años.

Ciertamente esta vivencia sacerdotal de victimación es algo que muchos han podido saber o intuir durante la vida terrenal de D. José. Porque la luz no se puede ocultar. Y así muchos han sabido de su vida nocturna donde apenas dormía subyugado por la oración y el estudio, y muchos han percibido sus ayunos y su personal insolvencia económica (le recuerdo con los pelos de punta pidiendo dinero a uno de sus amigos gitanos para ir a la peluquería...); muchos han podido saber de su frío y de la verdadera devastación, el saqueo, de su casa (en la que tuvo que permanecer por obediencia) hasta convertirla interiormente en una gloriosa cochambre llena de desconchones y con aquella famosa baldosa que durante años sonaba cuando alguien la pisaba... Son muchos los que han sabido de sus continuos líos económicos para atender a los hermanos pobres. Líos increíbles, no sujetos a la lógica de ningún economista...

Esto y mucho más era la expresión, que él estimaba ridícula, de toda una vida interior de intenciones, peticiones, sed de total crucifixión por los hombres. Su misma penitencia es definida continuamente en el Diario como "*minúsculas mortificaciones*"...porque la sed era total.

El amor a los pobres y el amor a la pobreza es una realidad determinante en toda la vida sacerdotal de D. José. Sin embargo los Diarios reflejan, no sólo un desarrollo creciente de esta realidad, sino sobre todo en los últimos diez años de su vida, una verdadera explosión en que el carácter de urgencia y de universalidad de este amor toma proporciones gigantescas.

Desde estos embates de Realidad sobrenatural en su interior, podía D. José clamar como profeta ante el dolor de los hombres provocado por sus hermanos, porque la percepción de ese dolor se le torna universal. Escribe: "*Días de creciente indignación ante las situaciones tremendas de los pobres conocidos, signo de las más tremendas aún, de los para mí ignotos, y sobre todo de la muy egoísta pachorra de los católicos en general* " (p. 2510).

Esta percepción sin límites del dolor enamorado provoca en quien lo padece el ansia de llegar a todos de un modo incluso sensible. Es decir, el conocimiento de la operación de Dios en que el gesto con el cercano se multiplica en gracias a los lejanos en el espacio y en el tiempo, el gustar de este conocimiento no calma la sed del enamorado. Y D. José vivirá esta santa ansiedad y así lo expresará de diversas formas.

Por un lado, desde la visión de lo que él ve como propia carencia en la participación del dinamismo sobrenatural que haga posible ese llegar a los lejanos. Así exclama en el diario: "*¡La pobre humanidad! Qué indigente de misericordia, de enorme misericordia, que yo todavía no poseo. Misericordia rezumante que impregne a quienes se acercan, y que por obra de la acción del Espíritu, se derrame en lejanía. Y por ahora, apenas me basta para soportar, no pocas veces rechinando...*" (p. 2112).

Más este conocimiento y esta ansiedad no sólo le hacen contemplar el "no llegar" a todos como carencia propia fruto de debilidad o de pecado, sino como ocasión de cruz y como donación de una gracia peculiar... "*Dios, que no me concede la gracia, la potencia de llegar a todos, sí me quiere otorgar la capacidad de sufrir por no llegar*" (p. 1418).

D. José incide desde ahí en la fuerza del testimonio cristiano que se sitúa en los lugares sombríos del sufrimiento de los pobres, como testimonio capaz de herir el orgullo del mundo, y por tanto con fuerza de conversión.

Y este hacerse presente las situaciones de dolor de un modo universal, provoca en D. José deseos de santidad, pues tal conciencia significa, le significa a él mismo, que Dios quiere concederle esa gracia implorada del cargar personalmente con tales dolores. El los ve con claridad rotunda, pues contempla continuamente la cruz de Cristo y, por eso, se culpa esperanzadoramente de no corresponder a tal visión... pues sabe el camino.

Y así clama contra sí mismo con palabras que a nosotros nos manifiestan... su santidad. "*Aquí observo la fuerza del egoísmo, del centramiento absurdo e injusto en lo individual. Durante este día millones de personas van a sufrir tormentos espantosos. Dolores de cáncer, muertes por hambre -por miles-, personas que ven sufrir a los que aman: padre, esposos, hijos... Terroristas acosados, personas acosadas por los terroristas; soldados en campaña, millones en campos*

*de concentración, enfermos deprimidos, angustiados por millares, personas en el purgatorio.... Gentes débiles en trabajos que les repugnan; pobres sin nada que comer... escrupulosos..."* (p. 2202- 3).

El contemplar esto como resquebrajador del propio egoísmo supone un enamoramiento previo. Y este Amor se torna inconformismo permanente, no escrupuloso, sino activo desde la Realidad vivida y acogida del Amor eterno, inconmensurable de Dios a los hombres. Por eso, D.José puede seguir pacientemente enumerándose a sí mismo la universalidad del dolor humano. Dice así: *"Es patente que no siento, con suficiente realidad, los padecimientos tremendos de multitud de personas. Y padecimientos de todas clases, aun no sentidos por ellos como desgracia, como pesadumbre: los pecados, ante todo; la ignorancia de Dios, la insuficiencia infrahumana -no positivamente querida por Dios-, los sufrimientos psicológicos; los dolores físicos... las preocupaciones humanamente, objetivamente legítimas..."*

*Debo, digo, pensarlas - pesarlas - revolverlas... hasta que lllore"* (p.2616).

D.José se ha dejado mirar por Cristo en la cruz, y esta mirada le ha crucificado con El y con todos los pobres crucificados por el mundo. Esta visión real, continuada, creciente hasta su muerte, le conduce desde su realismo a una convicción: ha de ser pobre, Dios quiere que sea pobre pues le muestra una y otra vez el Amor que carga sobre sí el sufrimiento de los amados. Y esta muestra es acompañada por el deseo de responder a la llamada. Deseo que Dios irá satisfaciendo en su vida de empobrecimiento progresivo.

D. José siente entonces el deseo de actualizar y personalizar, como el dice, la *"desventura de millones de hombres"* (p. 719

Amor a los pobres como carisma universal. Hacerse pobre como fruto de este Amor donado a todos. Ya lo vimos antes: éste ha sido el dinamismo de los santos: empobrecerse o confirmar la indigencia previa. D.José insistirá: *"Todos ellos pobres... Pedro Julian, Bernardette, Fray Luis de Granada. Y el que no nace pobre, tiene que hacerse pobre: S.Francisco de Borja, S. Francisco Javier..."* (p. 2395) en otro lugar afirma gráficamente: *"Los santos todos han muerto envueltidos, amortajados en deudas..."* (p. 2202). Así le ocurrió a él, literalmente.

Si el Amor a los pobres manifestado en su defensa, en el trato con ellos, en su deseo de liberación integral, en su evangelización, es testimonio en medio del mundo, la concreción de este Amor en el

empobrecerse es también testimonio: porque provoca la caridad de otros y porque manifiesta la falsedad del mundo de las riquezas y del egoísmo. D.José expresará en sus reflexiones oradas esta verdad de un modo totalmente personalizado en que, otra vez, incide en la identificación con el sufrimiento de los que así sufren: *"la pobreza incluye la soledad, la marginación. Puede ser que Dios disponga un testimonio por parte de los otros. Testimonio que consista en la atención en una postrera época, de mi paso por la tierra... Puede ser: ejemplo del Cura de Ars, superatendido en sus últimas enfermedades... Puede ser que deba ser yo mismo quien atestigüe, en plena consonancia con mis ideas, vejez en soledad, desasistimiento, como tantísimos pobres de este mundo. Testimonio que me atrae sobre todo ... Miles de personas mueren sin atención alguna... Y eso forma parte de este 'hacer presente la miseria del mundo' en los países 'acomodados'. Y el testimonio aliciente para mí..."* (p. 2416).

En D.José el realismo de la identificación es extremo. No busca compensaciones terrenas, aplausos... habla de soledad y abandono reales. *"Dios me premiará mis ciudadanos a los que sufren dándome la capacidad de sufrir."* (p.1133).

Este realismo le conduce a estas totalidades audaces. Y él mismo advertirá del peligro de cosificación, de falsificación de la visión del sufrimiento de los pobres y de la consecuente misión del cristiano. Dice en el diario: *"La tendencia a compartir: cuidado con la seriedad: no se trata de tomar los sufrimientos de las gentes -infinitamente respetables- como ocasión de elucubraciones, con ciertas dosis de ejercicio real. Se trata de participar humildemente del dolor del resto del Cuerpo en muchísimos de sus miembros. Frío, hambre, desprecio... tres padecimientos injustamente vividos por muchedumbres; angustia, opresión (depresión), dolor multitudinario sufrido por muchedumbres..."* (p. 1783).

Y en otro lugar tras una enumeración similar dice: *"Y eso debo buscarlo positivamente, de manera que la ausencia de tal búsqueda es positivamente injusticia"* (p.1270)

En ese padecimiento amoroso se pone en juego el sentido último de la existencia: No es un añadido o un elemento elegible o no de "perfección", es un principio vital. Dice: *"Debo sentir el tormento del dolor de cualquier hombre, y mientras no lo sienta no puedo*

*considerarme con personalidad humana. Ni por lo tanto con personalidad cristiana" (p. 1240- 1).*

Desde las iluminaciones que va recibiendo y movido por la fuerza de la gracia, D.José incorpora a su vida todos los aspectos de las pobrezas humanas que se le presentan, intentando "condensar" en su propia existencia caminante las vivencias oprimidas de millones de sus hermanos:

**-Agotamiento:** *"...esta disponibilidad hasta la impresión de agotamiento. Que, por lo demás, sienten tantos hombres del mundo (...) millares de campesinos y trabajadores manuales del mundo. Simplemente por nutrir a sus hijos... Y nada digamos de tantos hombres de negocios o tantos codiciosos de nuevas ganancias y comodidad mayor" (p. 1822).*

**-Angustia:** *"...compartir caritativamente, es tomar sobre nosotros las situaciones objetivamente angustiosas de los pobres " (p. 1962).*

**-Humillación y desprecio:** *"...compartir la pobreza es también compartir la humillación, el desprecio, el tono despectivo, la incomprensión casi universal " (p. 2047).*

**-Inseguridad , impotencia:** *"Pero lo fundamental en mi propio progreso es el trato con los gitanos, y la multitud y densidad de los `problemas´ que me plantean en todos los niveles.*

*Pensando en la posible `imprudencia´ de tantos `compromisos´, que exigen un milagro moral para saldarlos, me confirmino, viceversa, en la prudencia espitual de mi comportamiento.*

*Ante todo, porque he esgrimido siempre , como criterio para discernir el influjo del Espíritu, la propia santificación . Ahora bien, la actitud hacia los pobres y el trato con ellos me estimula casi incesantemente a la confianza, al entendimiento real de la pobreza, a la identificación con los pobres. Y esto último, ante todo, porque me obliga a moverme en su misma situación de inseguridad, de impotencia, de humillación. Hoy mismo, con dos letras por delante y la cuenta creo que vacía... Hace tiempo, leyendo `La ciudad de la alegría´ me dije: o me voy a la India , o traigo la India acá. Y parece que voy progresando, aunque lenta y torpemente, en el segundo camino." ( p. 2768).*

En esta identificación con las inseguridades de los pobres, D.José manifestará lo que es tener fe, confiar en Dios. Y lo vivirá con la alegría de quien se complace incluso sensiblemente con lo que Dios

hace: *"Me gusta esta manera de vida, objetivamente muy agobiada por el pago de las deudas... Es la situación normal de todo padre o madre pobres..."* ( p. 2762).

**-Debilidad corporal:** *"Una vida planteada, seriamente, en pobreza produce de suyo debilidad corporal. Notar que cuando el ayuno me molesta (jaqueca, sensación de malestar por falta de sueño, etc ) tiendo a justificar las compensaciones. Los pobres no pueden hacerlo. Y Jesucristo se asimiló a los pobres, y gastó su vida, abreviándola muchísimo aposta."* (p. 1211).

**-Hambre:** *"Corporalmente me encuentro un poco desfallecido. Debería llevar un régimen de alimentación sensato, de manera que comiera poco, pero proporcionalmente al trabajo por realizar. Más semejante régimen contrariaría indefectiblemente la pobreza, pues los pobres comen lo que pueden, lo que les dan "* (p.2222).

El corazón de D. José, agigantado por Dios mismo, entiende que esta identificación con los pobres es el camino para todo amante, pues la acción directa en favor de los últimos siempre tendrá la limitación del espacio y el tiempo que impide llegar a todos, tal como el espíritu demanda. Porque este sufrir con los pobres, expresión de la vida de Cristo en D. José, contiene un dinamismo de ilimitación: no sólo desea ser pobre y ser tratado como pobre (*"Quien no es capaz de admitir en su mesa a un pobre, no debe tampoco recibirme a mí"*. p. 2099), sino que desea la identificación hasta la muerte. Explícitamente dice: *"Es preciso orar más, y vivir más este compartir la pobreza y el sufrimiento humano. El hambre, el frío, el empleo del tiempo... Pedir luz y energía en la voluntad. Fe, caridad, esperanza, prudencia, fortaleza. Y el asunto es día a día, hora a hora, minuto a minuto. Ordenación mucho más influida por estas realidades, hasta el cumplimiento -y hasta la muerte, hasta la situación del morir por causa de tal orden- de toda mi actividad... Pienso que debo dejar la medicación -no prescrita, al cabo- y proseguir e intensificar el ayuno. Desde luego, enfermaré más a la larga. Como debe ser... Toda madre, genuinamente madre, se desgasta por sus hijos..."* (p. 2473).

Desde luego D. José sabe que todo esto es asunto de la gracia. Lo sabe y lo cree. Porque es hijo de la Iglesia, a quien ha sido confiada la dispensación vivificante de la gracia... y no el anuncio mortecino y frustrante de una "ley de mínimos" acorde a nuestra naturaleza -caída- y que siente horror por la llamada universal a la santidad, al martirio, al

testimonio del Amor de Jesucristo a los hombres.... Por eso puede denunciar: *"Hemos llegado a la canonización de la mediocridad, de la sociedad en que vivimos -con nombre de vivos en verdad muertos- .Ni fríos ni calientes. Dondequiera que hay heroísmo, vida, impulso, vemos pecado, imperfección... Los huelguistas de hambre de Irlanda de hace pocos años. De los cuales nadie se acuerda ya... Los que se quemaban ante las embajadas en protesta por los genocidios o las mortíferas injusticias flagrantes: compartiendo de verdad -como Cristo mismo- los sufrimientos humanos. Revisión de la moral desde la altura cristiana, y no desde la mediocridad de los mediocres moralistas... de siempre. Iba a escribir actuales, pero me he corregido. Siempre ha sido así."* (p. 2426).

A través de innumerables relaciones con personas que sufrían, D. José conoció abismos de dolor y los cargó sobre sí. Su afán de Sabiduría, de verdadera Sabiduría, esto es, de conocer la Voluntad de Dios desde el mismo Amor de Dios, desde Su Espíritu, le condujo al conocimiento de situaciones espaciales y temporales lejanas a las que también se "aproximó" personalmente...

D. José ha podido llegar a decir de su propia situación, como una constatación evidente: *"Es verdad que he llegado a un grado de pobreza muy notable. No tengo dinero para cortarme el pelo, ni tiempo para ello..."* (p. 1931); *"Ya sí que no tengo nada, y es muy raro un gasto para mi comodidad: Lo he ido dando todo..."* (p.2719).

Y, sin embargo, a lo largo de todo el Diario, D. José pone una y otra vez en contraste su pobreza con la pobreza de los pobres... en balance negativo para él. Avanza raudo en el despojamiento, y tras largos años vividos en ritmo creciente de pobreza, D. José sigue haciendo las mismas comparaciones, con el mismo resultado que, insisto, no le desespera sino que motiva su esperanza...Sin que él mismo se fijara en ello, su modo de vida iba "dejando atrás" en carencias a los modos de muchos pobres. Pero su referente era absoluto: millones estaban abismalmente peor. Y así siempre, como acicate constante durante toda su vida terrenal. *"Mi vida integra ciertas dosis de abnegación considerables, respecto de los modos ambientales; absolutamente ridículas, comparadas con el vivir de muchos pobres - millones y millones- de hoy, de los santos antiguos (v. gr. los padres del desierto)"* (p.777).

Cuando contempla algún avance objetivo en esta misión, inmediatamente lo sitúa respecto a la globalidad que conoce y persigue.

Escribe: *"Sufrir con los que sufren: participo, hasta cierto punto, del frío de los ateridos de la tierra. Pero no, apenas no, del hambre, del desprecio, de la esclavitud... de la indigencia. De la expectación continua de la ajena ayuda..."* (p.1264).

D.José no es amigo de abstracciones; sabe de la concreción de la presencia de Cristo y de sus concretos modos de expresarse. Por eso, cuando actualiza el sufrimiento de los pobres como el referente de su modo sacerdotal de vivir, habla de situaciones concretas en que se expresa ese sufrimiento provocado por el pecado del hombre:

**-En cuanto a la salud:** *"Pienso que mis cuidados de la salud han sido muy excesivos. Un pobre no dispone de otra habitación más caliente donde dormir, de una cama para cuando está malo, de cinco mantas para abrigarse. Ningún santo ha hecho tal cosa. La vida del P. Kolbe. La del mismo Gandhi..."*

*Volver a mis habitaciones y mis medios usuales."* (p.1731).

En referencia a **-El cansancio** dice: *"(...) millones de pobres andan mucho más fatigados que yo..."* (p.2036).

**-La vivienda:** *"La habitación mía debe ser escandalosamente pobre. Y esta casa no lo es. Ni aún ahora mismo..."* (p.2377).

**-La alimentación:** *"Mis comidas, chocantes, pobres, e incluso a veces paupérrimas para muchos, son todavía respecto del Señor y respecto de los pobres materialmente reales, muy ricas, muy sobradas..."* (p. 1479). En este aspecto insistirá, como camino personal de comunión, pues el hambre en el mundo se le presenta como reverso atroz de la gracia, que es comunicación de vida. El insiste: *"Mis `ayunos´ son irrisorios, frente al ayuno real de millones de personas en el mundo actual, y trágicamente grotescos, frente a los ayunos de los santos."* (p.1655). Y en otro lugar: *"Desde luego que mi comida es notable, y aun sobremanera notablemente pobre, en comparación con las comidas de las gentes `normales´. Pero ¡qué riqueza de gustos, de alimento, en la comparación, con tantos miembros pobres! Pues cuando un órgano enferma, la comparación se debe ante todo a él... la vida toda se muda para atenderle. Y ando muy lejos de esto..."* (p.2501).

No andaba lejos D. José. Padeció desnutrición, y toda clase de calamidades objetivas.

Más él, puestos los ojos fijos en el Señor crucificado, continuó acusándose toda su vida de ser un... "burgués", literalmente...; con la alegría del que se sabe amado y con la confianza del que espera, siempre,

un milagro, expresa con palabras durísimas su propia condición a la vista de las miserias del mundo, que quiere abrazar. Imperceptiblemente para él, como un estruendo de gracia para los testigos de su vida, el milagro se operaba de día en día. Y porque se operaba, D. José "veía" más, y clamaba con fortaleza...

*"Lo cierto es que a estas horas, a las 12,35 de la noche, mientras medito confortablemente, gustosamente, instalado en la capilla, frente al sagrario, con mi mesita y mi máquina, mis libros, sentado en mi sillón, en grata temperatura, miles de personas están siendo torturadas: atenazadas, aterradas, golpeadas, pateadas, abofeteadas, dadas de palos, de latigazos; o se hallan esperando el probable encarcelamiento, huídas de un lado a otro; escapando enloquecidas de la persecución justa o injusta..." (p.1406- 7).*

Los que han recibido la gracia de escuchar las predicaciones de D. José, recordarán que él gustaba de citar una frase de Pío XII. Se encuentra en el n. 42 de la Carta Encíclica "Mystici Corporis": "Misterio verdaderamente tremendo que la salvación de muchos dependa de la oración y voluntarias mortificaciones de los miembros del Cuerpo Místico"...

Esto es adentrarse en terreno "específico" del misterio de la eficacia sacerdotal.

D. José es sacerdote, está marcado para siempre en el Sacerdocio de Jesucristo, y tiene conciencia de su participación en este Misterio.

El, por supuesto, ha denunciado el "reverso" de esta Verdad: que el egoísmo, el egoísmo interior, extiende dolores sobre la tierra y más allá de la tierra. Algo que el mundo de lo dogmáticamente empírico rechaza como mito... Y esta denuncia la ha efectuado sobre sí mismo: *"A lo largo de mis años, muchísimas personas han muerto de hambre, de frío, han sufrido marginaciones, humillaciones, dolores materiales y psicológicos, pesadumbres espirituales en la tierra y en el purgatorio, por mi complicidad en el egoísmo universal. De todo ello he de dar cuenta a Dios. "* (p. 1801).

La "cuenta" que le fue dando a Dios, fue pedirle con continuidad absoluta la gracia de la pobreza y del amor sin límites a los últimos, es decir, la irrupción de las Personas Divinas en su vida, en su ser. Y es esta operación divina la que le conduce conscientemente al padecimiento sabiendo que no consiste solamente en una identificación "externa" con el hermano que sufre, sino que es un estar clavado en la MISMA cruz de

Jesucristo, de donde brota como un vendaval, como una riada imparable, aluviones de gracia.

D. José tiene conciencia sacerdotal de todo ello, conciencia de "mediador sagrado". Y lo abraza con pasión.

El tiene la visión... afirma: *"debo estar aparejado para recibir un amor a Cristo y a sus miembros, capaz de soportarlo todo, en todo momento, por toda persona"* (p. 318). Y recibida la visión no puede echarse atrás. Repugna a su propio ser de cristiano y de sacerdote el echar la mirada a un lado, el volver la vista atrás, lo concibe incluso como mero acto de injusticia... en otro lugar escribe: *"Caer en la cuenta de los enormes sufrimientos de la humanidad de hoy. Los horrores sentidos, reconocidos como tales: en las enfermedades, en las cárceles, en la inseguridad del hombre en muchas sociedades. Y el horror máximo, raramente sentido, del pecado. Ahora, a todos los hombres les debo, en estricta justicia, amor. Y el amor tiende irresistiblemente a evitar el mal del amigo. Luego, es gravemente injusta cualquier satisfacción egoísta de mi propio yo"* (p.880).

En palabras ardientes, en las que percibimos como un eco el espíritu de aquel otro apasionado de Cristo llamado Pablo, D.José condensa las certezas del fruto de este sufrimiento expiatorio precisamente haciendo mención de las pobreza del mundo: *"¿Quién se quema y yo no me abraso? Cualquier persona que sufre ahora mismo, enfermo, secuestrado, aterrado, perseguido, marginado, subnormal, asesino, pecador en cualquiera de las múltiples formas del pecado, me tiene presente, aunque no lo sepa. Al menos intento estarlo: ayudándole a sobrellevar su enfermedad, su persecución, su marginación... Y ello, porque Cristo, que vive en mí, se hace presente a él, con su gracia omnipotente, y le alienta, le libra o le esfuerza a aguantar sus pesadumbres, por más que él nada sepa de Cristo, y mucho menos de mí..."* (p.1522).

Este deseo de sufrir por ellos, para ellos para que renazcan y fructifiquen, y en lugar de ellos porque el amor no soporta ver a los amados sufriendo, también se le presenta como anhelo acuciante... y así lo expresa: *"¡Oh Dios mío, cuántos dolores terrenos podría evitar a muchísimos, si me otorgaras la contricción que imploro!"* (p. 1905).

Es el anhelo del que abandona las seguridades y las comodidades para dirigirse exterior e interiormente a los lugares en que yacen los hermanos que, aplastados por el pecado de los otros, se entenebrecen

ellos mismos desoyendo la vocación a que son llamados: la Caridad, el Amor mismo de Dios. D.José quiere esto para todos los hombres, sin desesperar de nadie. Por eso vela y sufre, no como el que rechina de impotencia, sino como el que se afana en aquello que indefectiblemente traerá el fruto ansiado. Hablando de sus noches escribe: *"El sentido de las vigilias: ahora mismo, en muchos lugares, donde es también de noche, muchedumbre de obreros trabajan para mantener a sus familias. Trabajan contra o fuera de su voluntad, a la fuerza, por necesidad. Multitud de enfermos pasan horas insomnes; turbas de familiares o enfermeros o religiosas, velan a sus enfermos. Y otros velan orando, y otros preparando sus crímenes multiformes... Y yo velo en comunión con todos ellos. Con su caridad o con su odio, para que crezca la caridad, para que sea transformado el odio en amor..."* (p. 1405 ).

En este sufrir en lugar de los que sufren, D. José contempla, como en unidad esencial, los aspectos de la expiación por el pecado de los que hacen sufrir y del testimonio frente al mundo. Esta visión le hará revolver una y otra vez la idea de la "huelga de hambre", como expresión clara del ponerse literalmente en el lugar de los más pobres, por morir en lugar de otro, por expiar el pecado del mundo y el pecado del mundo en el interior e la Iglesia, y por testimoniar que sólo vale el Amor de Dios.

Aquí sus palabras se tornan provocativas y poderosas, como quien tiene delante, sin abstracción ninguna la imagen real de un hambriento, de millones de hambrientos -cada uno de ellos-, en medio de un mundo de frivolidades, pactos y banquetes. Son los gritos de un enamorado...

*"En Pascua no se ayuna; pero en Pascua siguen muriendo de hambre, cada día, miles de personas..."*

*¿No hemos de plantearnos ya, para efectos inmediatos, el lenguaje de las huelgas de hambre?. La historia de Gandhi, como signo del sentido de sacrificio representativo en la humanidad actual..."* (p. 2009).

*"No tolerar la situación: la huelga de hambre... hasta la muerte. Palabras del Papa, en su conferencia de prensa con ocasión de la beatificación del P. Kolbe, cuando él era todavía Obispo de Cracovia : "Otros prisioneros, ¿no han aportado el testimonio del amor fraterno heroico en los campos de la muerte, como ese obispo polaco, Mgr. Kozal, que se ha dejado literalmente morir de hambre distribuyendo sus raciones miserables a compañeros de prisión?". Y el mundo actual, ¿no es para muchedumbres un campo de muerte, donde no reciben ni*

*siquiera esas raciones miserables, y no debo yo compartirlas hasta morir yo mismo, en lugar de alguno de ellos?. Y el testimonio: negarme a comer, sin más..." (p. 2036).*

Este amor sacerdotal a los pobres le fue conduciendo en los últimos años de su vida a un aceleramiento en su forma de vivir en que apenas dormía, casi no comía, y oraba, estudiaba y trataba a las gentes sin descanso, manteniendo, al decir de los "entendidos", milagrosamente, su energía y su buen humor, que como él mismo decía, de seguir así, llegaría a "*cimas legendarias*"... Y es milagroso, porque cada vez "veía" más, y el contraste que percibía entre el sufrimiento de los hambrientos - pobres entre los pobres- y la necesidad de los hijos de la Iglesia, hubiera bastado para enloquecer a cualquiera que tuviera ese nivel de conciencia... Por lo demás, no pocos se "defendieron" tachándole continuamente de loco...

El "ayuno a muerte", que él mismo presenta como testimonio último y contradictorio con las maneras de los hijos de la Iglesia, sin embargo lo contempla como esencial en el sacerdocio: Así se queja en carta dirigida a sus superiores: "*Cristo y la caridad real hasta la muerte de hambre, poniéndose en lugar del pobre -como El lo hizo- eso ha quedado expresamente excluido de la predicación y el testimonio "* (Cartas. p. 307).

D. José vivía de la realidad: caridad real hasta la muerte como expresión del Sacerdocio de Cristo en los ungidos en el sacerdocio ministerial... D. José, cercano a todas las pobreza, hizo inmolación de su vida en favor de la Vida de un sacerdote cuya situación era de previsible quiebra espiritual... José Rivera murió y aquel hermano remontó empujado por la gracia.

Acabamos ya estas palabras sobre el Amor sacerdotal a los pobres concretado en el sacerdote José Rivera con un fragmento de su Diario en que se expresa el culmen de este Amor porque manifiesta su absoluta gratuidad: la disposición a dar la vida, a que se la arrebaten "injustamente", a manos de un pobre, como víctima inocente que se inmola sacerdotalmente para expiar el pecado del mundo que oprime y aplasta a los pobres...

*"Si X me matara (se refiere a una persona especialmente conflictiva con quien tenía trato habitual ) en uno de esos arrebatos de cólera, todavía sería mucho menos grave que las otras posturas y otras*

*muchas más. Se tomaría por su mano la justicia que el mundo le ha negado siempre -sus derechos, desde niño, a la educación, a la evangelización, a los bienes temporales que tantos disfrutaban- eligiendo, para particularizar tales justicias, una persona que, al cabo, está destinada por Dios, para cargar con las consecuencias de los pecados de la sociedad" (p. 2536).*

En alabanza de Dios por Su Amor a los pobres y por las gracias derramadas sobre Su Siervo José Rivera.      Salud

**LOS MALES DE LA IGLESIA:  
CAUSAS Y REMEDIOS**

*Julio Alonso Ampuero*

## **LOS MALES DE LA IGLESIA: CAUSAS Y REMEDIOS**

A mi juicio, uno de los rasgos más sobresalientes del siervo de Dios José Rivera fue su carácter profético. Sí, en verdad fue un profeta. Profeta en el sentido bíblico: con visión y con clarividencia para interpretar los signos de los tiempos, con energía para denunciar los males de la Iglesia y sus causas y consecuencias, con lucidez para apuntar los remedios yendo a la raíz de los problemas, con capacidad para suscitar esperanza y entusiasmo por la renovación de la Iglesia.

No era en absoluto un hombre conformista. Tampoco era un inconformista desasosegado. Su vida y su predicación testimoniaban el Evangelio siempre nuevo. Incluso las cosas “de siempre” sabían a nuevo cuando salían de sus labios. Nada de rutinario en sus palabras. No en vano solía señalar la novedad –junto a la radicalidad y la totalidad– como una característica esencial de la vida cristiana: frente al Antiguo Testamento, frente a los modos usuales del hombre viejo...

En muchos aspectos su enseñanza resultaba profética y novedosa. Pero hay uno que me resulta particularmente iluminador para los tiempos que nos toca vivir y que a mi modo de ver no ha sido suficientemente destacado hasta ahora. Al siervo de Dios no sólo le importaba la santificación de cada persona, sino que ardía y se consumía por la renovación de la Iglesia como tal, y en especial de la Iglesia particular en que había sido llamado a la fe y al sacerdocio: su querida diócesis de Toledo.

### **Conciencia de una misión**

Sobre todo en los últimos años de su vida hizo de la Iglesia objeto de su reflexión, de su oración y de su predicación. Las páginas de su diario lo testimonian. Le dolía el progresivo desmoronamiento de la Iglesia en Europa y en España. Y le quemaba la ceguera de los pastores para diagnosticar las causas de este deterioro y su inercia para poner los remedios idóneos.

Consideró misión esencial suya apuntar las causas de este deterioro y contribuir a colocar los fundamentos que habían sido desplazados y que debían constituir el remedio radical a unos males tan profundos. Como Francisco de Asís, sentía en su corazón la llamada apremiante: “Reedifica mi Iglesia”. Escribe un año antes de su muerte:

*«Ignoro mi futuro en la tierra. Si largo, si breve; si con salud o con enfermedad... Lo que parece cierto es que como “hipótesis de trabajo” he de consagrar más y más horas a disponerme para pronunciar o escribir aspectos de la verdad mezquinamente expuestos, y exponerlos genuinamente, expresivamente...».* (Diario, 12-II-1990).

Era un reformador en el sentido más genuino de la expresión. La renovación de la Iglesia era su gran pasión. Y ciertamente su rica experiencia, su honda conceptualización y su fácil expresividad apuntaban los caminos de esta renovación.

En todo caso, la conciencia de esta misión no es sólo de los últimos años de su vida. Escribe en 1975:

*«Desde luego, lo que veo claro es que hace falta cambiar bastantes actitudes interiores, con ellas no pocas formas exteriores de las instituciones de la Iglesia... Y espero que algo se avance en ello. Y no creo que tenga otra misión sino hacerlo por mi parte personal y disponer a algunas personas de las que deben llevarlo a cabo».* (Carta, 20-I-1975).

Más aún, esta conciencia se remonta a su época de seminarista, como testimonia una carta de 1950 que citaremos más abajo y otro texto en que él mismo habla de causas de estos males de la Iglesia que “*llevo denunciando desde mis tiempos de seminarista*” (Reflexiones personales, 1).

La conciencia de esta misión se intensificó notablemente durante los últimos años de su existencia terrena. Esta conciencia le hace sentirse urgido a la conversión personal y a la fidelidad total a la acción de Dios. Le lleva a plantearse la necesidad de exponer a su obispo –máximo

responsable de la pastoral de la diócesis– lo que con tanta nitidez y urgencia percibe. En el contexto del Sínodo diocesano de Toledo, anota:

*«Acucia la faena de cosechar. También las cosechas pueden perderse... Escribir a D. Marcelo, preferentemente en día de retiro, según los pensamientos que me saturan; con los ofrecimientos que me ocurren...».* (Diario, 11-VI-1988).

Consta que en diversas ocasiones se dirigió a su prelado para exponerle aspectos varios que consideraba importantes para la renovación de la diócesis. Se conserva un escrito de cinco folios con el título de “*Reflexiones personales*” que envió al entonces obispo de Toledo, cardenal González Martín, con indicaciones –algunas muy concretas– acerca de los males de la diócesis, sus causas y remedios. Me atrevo a situar este texto a la altura de otros escritos de reforma que grandes santos –piénsese por ejemplo en los *Memoriales al Concilio de Trento* de san Juan de Ávila– han dirigido a Papas y obispos, a Concilios y Sínodos.

He aquí el espíritu que le animaba:

*«Acudo con frecuencia a la historia de los fundadores, para animar a las personas... Pero no trato de imitarlos lo bastante. No es que deba yo “fundar” la diócesis, que tiene su natural fundamento, establecido inmediatamente por Cristo, en el Obispo; pero sí he de colaborar con él, con el tono de los fundadores».* (Diario, 13-VI-1989).

En alguna ocasión llegó a comentar que tal vez había dispersado excesivamente sus energías (por ejemplo, predicando Ejercicios Espirituales por toda España) y que hubiera sido preferible concentrarlas en la renovación de una Iglesia particular. De hecho, la etapa última de su vida dedicó preferentemente su atención y su tiempo a la renovación de la diócesis de Toledo; en dependencia y colaboración con su obispo, se volcó en la atención a sacerdotes, seminaristas y laicos, así como en promover la caridad hacia los pobres y necesitados.

Y esta conciencia de su misión renovadora le llevó a concebir el proyecto de plasmar su visión en unos escritos breves e incisivos –al

estilo de los famosos “tracts” de Newman y la escuela de Oxford– que sirvieran para despertar la conciencia adormecida de los católicos y apuntar los caminos de la renovación de la Iglesia:

*«Desde luego, sigue hiriéndome, doliéndome, y mucho, la aceptación de la mediocridad. Frente al deseo, al proyecto nunca determinado, de escribir a D. Marcelo, va creciendo este otro, de realización más lejana en el tiempo, pero mucho más importante y posiblemente influyente en ciertos sectores de la sociedad católica, de escribir una obrita –breve ciertamente– sobre la condición y la situación de la Iglesia en España. Porque se van acumulando y se van ordenando, ellos solos, ideas, sentimientos, ansias, experiencias que se entrecruzan, se empalman, se potencian... Al menos acrecen y fortifican mi personalidad, con el consiguiente fruto eclesial. Pero además, pueden tener la expresión señalada... Claro que voy predicando imparablemente acerca de todo ello».* (Diario, 11-VI-1989).

Este proyecto no llegó a realizarse. La muerte se le adelantó. Estas páginas –apoyándose en textos escritos y en la predicación oral del siervo de Dios– pretenden modestamente plasmar algo de ese proyecto...

### **Motivaciones de una denuncia**

José Rivera denunciaba. Y con gran energía. Con voz de trueno. Como los profetas de Israel. Su palabra molestaba a algunos, removía las conciencias de los más. Porque él mismo era un profeta “como fuego”, y su palabra “abrasaba como antorcha” (cfr. Sir 48,1).

No era un contestatario superficial. Su denuncia tenía raíces muy hondas. Denunciaba porque sin denuncia no puede haber conversión, ni rectificación, ni renovación de la Iglesia. Del mismo modo que un médico, para poder curar, primero debe diagnosticar el mal y sus causas.

Su denuncia brotaba de su *clarividencia*. Veía más allá de la gran mayoría de las gentes. A ello contribuían su vastísima y profunda formación, sus numerosas lecturas en todos los campos, su rica experiencia de trato con las personas sobre todo en la dirección espiritual, su poderosa inteligencia capaz de asimilar todo en un proceso

constante de reflexión, y los dones del Espíritu Santo que le ilustraban intensamente con luces sobrenaturales. Él mismo reconoce esta lucidez como un don particular de Dios:

*«Pese a todas las infidelidades de mi vida, lo que ciertamente avanza sin cesar es la visión sobrenatural. Sí, cada uno tiene su propio don, y sin duda el mío es este de ver. Apenas me dejo influir un poco por Él, mi facilidad, mi anchura y profundidad y longitud en las visiones adelanta».* (Diario, 30-III-1972).

Esta clarividencia se hizo particularmente lúcida en los últimos años de su existencia terrena. Desde la atalaya de la santidad y de la larga historia vivida devoró decenas de libros sobre la Iglesia en busca de luz para su renovación; no sólo libros de teología, sino también de historia de la Iglesia, biografías de santos y de eclesiásticos no santos...

Brotaba, asimismo, de un inmenso *amor a la Iglesia*. Su denuncia no tenía nada de frívolo o superficial. Amaba apasionadamente a la Iglesia, y por eso le dolían profundamente sus males. Sufría la ceguera de muchos eclesiásticos que, al hacer las cosas al revés del Evangelio, destruyen la Iglesia, la hacen opaca e impiden que sea luz para los alejados o no creyentes.

Porque amaba a la Iglesia obedecía a sus pastores (por ejemplo leía y meditaba todos los escritos, discursos y homilías del Papa). Porque amaba a la Iglesia era comprensivo con las debilidades de sus miembros. Y porque amaba a la Iglesia procuraba reformarse a sí mismo antes que a los demás. En los años de la crisis postconciliar escribe:

*«Todos nos quejamos de los males de la Iglesia, y nadie nos dejamos sanar esos males en nosotros. Y es el solo remedio para el crecimiento de la Iglesia misma».* (Carta, 23-III-1973).

Y al fin de su vida, en los tiempos en que su predicación era más contundente, reflexiona en su Diario:

*«La crítica de la Iglesia viene a estar prudentemente justificada cuando se acompaña de serio exámen de conciencia individual; de*

*tendencia seria y operante a obedecer puntualmente en cualquier caso – y generalmente sin grandes problemas inmediatos–; de caridad comprensiva y operante respecto de los miembros de la Iglesia sacerdotal de Cristo Sacerdote». (Diario, 19-XII-1989).*

Existía, además, en él una enorme *esperanza*. Esperanza que es –tal como él mismo la definía– “deseo confiado”. Deseo ardiente, anhelo incontenible, ansia insaciable de ver hecha realidad esa renovación de la Iglesia. Y confianza total, absoluta, porque se apoyaba en la fidelidad de Dios a sus promesas y en su amor omnipotente.

Escribe siendo todavía seminarista:

*«Todo subirá, todo se arreglará radicalmente aunque nosotros tengamos que sufrir mucho... Yo no sé lo que me tocará hacer, quizás desear, orar y morir, pero da lo mismo; lo que yo quiero es creer, creer en que Dios va a santificar el sacerdocio, va a renovar la Iglesia; “todo es posible al que cree”, todo, sin límite alguno». (Carta, febrero o marzo 1950).*

Esta esperanza no es “a pesar de” la Iglesia, sino apoyada en la vitalidad inherente a la Iglesia misma, que tiene como alma y motor el Espíritu Santo:

*«Debo notar, cuando hablo del “derrumbamiento” de la Iglesia, la realidad de su maternidad, manifestada en que para restaurarla, para colaborar a su transformación, no acudimos a elementos extrínsecos, foráneos; sino que recurrimos a ella misma. Es de su seno de donde recibimos la abundancia de vida que la reedifica. La reevangelización proclamada por el Papa no ha de realizarse por adición de actividades extraeclesiales, sino por el robustecimiento de la sustancia misma de la Iglesia, con su dinamismo intrínseco de crecimiento y fortalecimiento. Se trata en suma que con el vigor que Ella nos presta eliminemos las resistencias extrañas que hay en nosotros». (Diario, 9-I-1990).*

Esta clarividencia, este amor a la Iglesia y esta esperanza se traducían en el siervo de Dios en *apremio* incontenible:

*«...conciencia de apremio. No se puede perder el tiempo. Los desmoronamientos de las personas y de la Iglesia en totalidad se producen ya, minuto por minuto... Por ello los esfuerzos de reedificación han de ejecutarse ya, sin perder minuto».* (Diario, 17-II-1988).

No estamos ante un teórico que diserte en tono vago y abstracto sobre los males de la Iglesia. Él se siente radicalmente urgido y comprometido, y ello hasta el punto de que quiere urgir a los demás:

*«El mundo está **muy mal** y la situación de la Iglesia es muy grave. Ella no puede fallar del todo, pero muchos cristianos pueden fallar totalmente a ella, y desde luego ser muy gravemente heridos... Y somos nosotros, los cristianos mismos, los que estamos expuestos a ser heridos, los mismos que estamos llamados a superar esa situación de la Comunidad universal de la Iglesia. Déjese penetrar de esa responsabilidad, pero con la conciencia cada vez más intensa de que por eso mismo puede contar con gracias inimaginables en todos los aspectos».* (Carta, 4-VI-1973).

*«...voy a que el asunto es urgente; a que la gente está sufriendo horrendamente, a que se dañan unos a otros, aun sin mala voluntad positiva, a que, digan lo que digan muchos hoy, hay multitudes que se encaminan alegremente, inconscientemente al infierno.*

*Pero urge, urge. Porque el amor de Dios se pierde sobre nosotros, y porque los hombres se pierden a millares sin Dios. Y cada persona que es santa, recoge ese amor divino y lo proyecta –con Cristo– sobre multitudes de una manera eficaz, salvífica».* (Carta, 18-XI-1974).

De este apremio y urgencia son testigos todos los que han escuchado su predicación. Pero al urgir a los demás, al anunciar y denunciar, al proponer soluciones, él mismo es el primero en sentirse urgido: a la fidelidad, a la entrega, a la santidad:

*«Especialmente esos 18 años de sacerdocio, ¡qué inconmensurable responsabilidad apostólica, Dios Santo! ¿Qué hubiera sucedido si yo hubiese sido fiel? Pues es cierto que mis diminutas*

*fidelidades han sido siempre seguidas de realizaciones apostólicas, incluso visibles» (Diario, 30-III-1972).*

### **Gravedad de la situación**

En el texto inédito antes mencionado titulado *Reflexiones personales*, escribe el siervo de Dios:

*«LA IGLESIA DIOCESANA, como la Iglesia española, como probablemente la Iglesia en Europa, se nos derrumba.*

*Después de asistir durante muchos años, por presencia personal, por abundantes lecturas, “al lento suicidio de un pueblo”, en este caso el Pueblo de Dios, asisto ahora al derrumbamiento vertiginoso de la Casa de Dios.*

*No hay más que consultar estadísticas. El ritmo es uniformemente acelerado. Dentro de treinta o cuarenta años de la Iglesia Toledana no quedará sino el esqueleto. Y nada, desde luego, de lo que se intenta mantener como posesión con actitud casi meramente defensiva.*

*Los fundamentos van siendo derribados. Ni el Papa ni el Episcopado tienen crédito como Papa y como episcopado. La Eucaristía se recibe con muchísima frecuencia, objetivamente en comuniones sacrílegas, con aprobación y bendición de un clero que no acepta las normas del magisterio. También en nuestra Diócesis aunque no con tanta amplitud como en otros lugares... El Bautismo no significa nada. No se cree en la llamada a la santidad. La caridad se vive en caricatura, contra las expresas llamadas e invitaciones de la palabra divina, casi nunca escuchada, obedecida. Los pobres son continuamente degradados, escarnecidos. No se puede hacer una advertencia a una persona acomodada; pero los pobres han de sufrir desplantes, advertencias, dilaciones en la solución de sus necesidades, ¡aún ficticias, si así lo quieren los acomodados!...*

*No se puede hablar del infierno, ni de la vida eterna, ni de los ángeles, ni del demonio...*

*Este es el panorama real, que se intenta paliar con reuniones ocasionales o sistemáticas, en que unas cuantas personas acomodadas – social, económica y religiosamente– reciben palabras halagadoras fuera de esos temas conflictivos.*

*El incremento continuo de abortos, uso de anticonceptivos –aprobados eclesiásticamente– divorcios, uniones sin sacramento, fornicaciones hetero y aun homosexuales, omisiones del bautismo, de las prácticas religiosas, adiciones a la droga... moda y espectáculos innegablemente inmorales, que los mismos presbíteros contemplan impávidos. Y menos mal si lo reprueban.*

*Me siento responsable de todas estas cosas. Si hace años la Iglesia Toledana se hubiera manifestado realmente madre, militante, no sucedería todo esto».*

Quizá alguno podría calificar estas palabras de exageradas, como de hecho se calificaba a veces su predicación. Sin embargo, el paso del tiempo las va mostrando como verdaderas, es decir, proféticas.

No son palabras que brotasen de un hombre amargado: cualquiera que haya conocido a José Rivera sabe por experiencia de su excelente e inalterable buen humor. Tampoco son palabras de un profeta de mal agüero, decepcionado de todos y crítico con todo: de hecho en su trato rezumaba y contagiaba esperanza.

Son, más bien, palabras que brotaban del amor y del dolor. Amaba vivir en la verdad; por eso no cerraba los ojos ante las deficiencias propias y ajenas. No se tranquilizaba –ni a sí mismo ni a los demás– con falsas palabras; no era un falso profeta que intentase consolar con vanas seguridades (cfr. Is 30,1-5; Jer 7,3-11).

Muchas veces repetía que el hombre es capaz de lo mejor y de lo peor; de la condenación, pero también de la santidad. Desde su lucidez profética percibía con nitidez y certeza las consecuencias a las que conducirían inevitablemente determinados planteamientos.

Veía con clarividencia las causas de los males de la Iglesia. Sabía que esta es luz del mundo y sal de la tierra (Mt 5,13-16) y que si deja de serlo es únicamente por las infidelidades de sus miembros. Jamás se le ocurría culpar de estas deficiencias a elementos extraños a ella (“el ambiente, las circunstancias, los tiempos que vivimos...”), pues como luz y sal es ella la que ha recibido la misión de sanar y transformar el mundo que la rodea.

Por eso, no le asustaba que el mundo estuviera mal, pues la Escritura afirma que “el mundo yace en el poder del Maligno” (1Jn 5,19). Lo que le dolía es que la Iglesia como tal –diócesis, parroquias– no fuera lo que debía ser.

De ahí brotaba su grito incontenible y vigoroso. Para despertar las conciencias. Para hacer reaccionar. Para provocar conversión. Para suscitar planteamientos evangélicos. Para renovar la Iglesia como Iglesia –y no sólo los individuos o pequeños grupos–.

La clave estaba en su percepción de la gravedad y de la extensión del mal. Y también en su captación de la grandeza de la misión otorgada a la Iglesia. Si denunciaba era porque amaba a la Iglesia y le dolía su infecundidad por los pecados de sus hijos. Si denunciaba era porque amaba a los hombres y le dolía que permanecieran en las tinieblas y en el sufrimiento por el hecho de que quienes habían de iluminar no lo hacían. Si denunciaba era porque creía en la Iglesia y esperaba mucho de la acción de Dios en ella y a través de ella.

Por eso zarandeaba las conciencias con su palabra de fuego, tanto en las predicaciones públicas como en las conversaciones particulares. Y por eso en repetidas ocasiones se dirigió, de palabra y por escrito –como en el texto mencionado–, al que tenía la responsabilidad máxima en la Iglesia toledana a la que pertenecía...

### **“El error máximo”**

No pretendo hacer una exposición exhaustiva de toda la enseñanza de Rivera sobre el tema, pero sí presentar algunas de sus indicaciones fundamentales: los principales males, sus causas y sus remedios. Me serviré tanto del escrito *Reflexiones personales* y de otros textos del *Diario* y las *Cartas*, como de recuerdos personales de lo escuchado al siervo de Dios en predicaciones y en conversaciones particulares.

¿Cuál es entonces el “error máximo”, el fallo radical que está en la base de todos los males? Démosle la palabra una vez más al siervo de Dios:

*«Pienso haberlo escrito ya: en este caos hodierno, sólo el Espíritu puede ordenarlo todo. Y el Espíritu obra por la colaboración de los “espirituales”.*

*Nada nuevo tampoco: el error máximo en la Iglesia es la sustitución del Espíritu por las energías naturales. Creo que muchas personas – teólogos incluso, hombres de rezos y apostolado, inmediatamente bien intencionados– no han caído en la cuenta de que la naturaleza como tal no puede nada (la carne para nada aprovecha), porque no existe como principio de operaciones». (Diario, 7-III-1988).*

*«El mal está en que el principio de las operaciones de cada uno, tomadas particularmente, y no sólo en el planteamiento, no es el Espíritu, sino el temperamento personal humano...». (Diario, 31-V-1984).*

“Nada nuevo”, porque es el error de siempre: el pelagianismo, el naturalismo, el voluntarismo. Si se prescinde de la energía infinita del Espíritu que la constituye, la Iglesia se desnaturaliza. Si se deja de lado este poderoso vigor divino sólo quedan las energías naturales... radicalmente debilitadas por el pecado. La Iglesia se rebaja entonces a una institución humana más; se “desalienta”, pues deja de contar con el Aliento divino infinitamente poderoso.

La consecuencia inmediata de esta “sustitución del Espíritu por las energías naturales” es la mediocridad. No sólo la mediocridad de hecho, sino la incrustada en los mismos planteamientos, que se hacen mediocres al contar sólo con las fuerzas humanas, con lo que se considera que el hombre puede dar de sí con su buena voluntad.

*«Creo que entiendo mejor que nunca [...] que el peligro mayor del hombre es la mediocridad, es la sustitución de la acción del Espíritu Santo por las operaciones naturales, materialmente coincidentes con las divinas. Así el hombre no puede sentirse pecador. Y notar que el riesgo es más grave cuando la coincidencia se produce en planos o zonas más valiosas (v. gr. tiempo de oración, ejercicio de ayuda a los hombres)» (Diario, 8-I-1977).*

Esta mediocridad encuentra su más funesta expresión en la negación práctica de la llamada a la santidad. Pues, vista desde las solas fuerzas naturales, la santidad evangélica resulta una exageración absurda e imposible. Y entonces se presenta como ideal de vida cristiana un planteamiento inocuo y burgués que nada tiene que ver con la radicalidad evangélica. Ahora bien, una vez más esta negación de la santidad desnaturaliza y vacía el ser de la Iglesia, que es santa y tiene por misión santificar a cada uno de sus miembros.

Entre las causas principales del debilitamiento de la Iglesia, Rivera anota:

*«La admisión de mediocridad en el Presbiterio [...]*

*No se espera ni de lejos que el Presbiterio se funde en la aspiración seria a la santidad. Las actividades presbiterales se apoyan en punto de honra –lo que helaba la sangre a Santa Teresa cuando pensaba que pudiera suceder en sus conventos–; en la modesta acomodación económica, en la seguridad terrena... Pensar evangelizar así es pura quimera». (Reflexiones personales, II).*

También se refiere a los sacerdotes cuando escribe acerca de “las condiciones del éxito” y “los peligros del fracaso” del Sínodo diocesano de Toledo:

*«...impotencia real, si no alcanzan una estatura espiritual deseada. Que se patentice la calidad fontal de la mediocridad del cura en el dinamismo del desplomamiento de la Iglesia». (Diario, 15-I-1990).*

Esta sustitución del Espíritu Santo lleva también a apoyarse en los medios naturales –comunes a cualquier institución o empresa humana–, en vez de apoyarse explícita e inmediatamente en los sobrenaturales: oración, cruz, testimonio... Escribe, por ejemplo, en unas reflexiones acerca de *La cuaresma y la cruz*:

*«En nuestra vida cristiana privada y apostólica, en la medida en que pueda aceptarse tal división, estamos intentando el juego imposible de cristianizar prescindiendo de la cruz de Cristo». (La cuaresma, 61).*

Todo ello tiene su expresión en la predicación y en los planes pastorales. Entre las causas de los males actuales, Rivera apunta:

*«Atención predominante a los valores no evangélicos: Capacidad intelectual, cultura y educación –se entiende burguesas–.*

*[...]*

*Y lo mismo se han predicado más las virtudes consecuentes: castidad, mansedumbre, acaso justicia. Cristo, la intimidad con las Personas divinas, la caridad real hasta la muerte poniéndose en el lugar del indigente, como Él lo hizo, eso ha quedado expresamente excluido de la predicación y el testimonio». (Reflexiones personales, II).*

Frente a todo esto, el siervo de Dios ha predicado y vivido siempre lo que Juan Pablo II llama la “primacía de la gracia”, que es lo mismo que la “primacía de Cristo”, “de la vida interior y de la santidad” (N M I,38). Y ha presentado a todos la “llamada universal a la santidad” –este era el tema más recurrente en sus predicaciones– en la línea del Concilio Vaticano II (LG, V), hasta el punto de realizar una auténtica “pastoral de la santidad” (Sínodo extraordinario de los obispos de 1985, II A, 4 y 5; N M I, 30).

Además de “exagerado”, otra de las acusaciones que más se lanzaron contra José Rivera –sobre todo en los difíciles años del postconcilio– fue la de “espiritualista”. Sin embargo, él estaba hondamente convencido de que no predicaba “sus” doctrinas, sino la fe de la Iglesia y la enseñanza unánime de los santos apoyada en la experiencia.

Con ocasión del desconcierto que predominaba en muchos ambientes en los años del postconcilio, escribe a su hermana Carmelina:

*«Como puedes ver en esos ambientes que ahora frecuentas, entre tirios y troyanos, quiero decir entre progresistas y conservadores, no hay cristiano apenas que crea en la Iglesia ni en la Trinidad, ni que ame al prójimo, que sólo es prójimo por su relación con las Personas Divinas, realizada en la Iglesia, de una u otra manera. Yo, que tanto casco, estoy cada día más convencido de que en los tiempos especialmente difíciles hay que volver casi exclusivamente a lo esencial, y lo esencial interiormente es la fe, la esperanza y la caridad, y en*

*cuanto a realizaciones concretas la oración y la cruz. Y todo lo demás viene a ser nada o poco más de nada, o puro daño como creo que están siendo una buena parte de las cosas que se hacen hoy en el “apostolado” por una parte y por otra». (Carta, 8-III-1972).*

“Volver a lo esencial”, recuperar las raíces que vivifican el ser de la Iglesia y la existencia de cada cristiano: he ahí la propuesta del siervo de Dios, en la que trabajó e insistió con su predicación a lo largo de toda su vida. No, no se trata de espiritualismo, sino de creer realmente en el Espíritu Santo como “Señor y Dador de vida” –así le confesamos en el Credo– y de vivir de Él como fuente única de la vitalidad de la Iglesia.

Al escribir acerca de “las condiciones del éxito” del Sínodo diocesano –y por contraste de “los peligros del fracaso”– indica como la primera de todas:

*«Que lo inicien con vigor. Con aliento –¡el Espíritu Santo!– fundamentados explícitamente en la oración y el ayuno: el sacrificio. Pues sólo con actitud de oración estamos abiertos al Espíritu, y con sacrificio estamos siendo elevados por Él». (Diario, 15-I-1990).*

Las cosas fundamentales –los fundamentos de todo– tendemos a darlas por supuestas. Sin embargo, sin fundamentos es imposible construir; y si se construye, el edificio es endeble e inconsistente. Si no hay raíces, el árbol no puede crecer ni dar fruto. Por eso insiste: *«que se fundamente explícitamente»*. Así lo predicó porque así lo vivió y así lo tenía hondamente experimentado:

*«La fidelidad a los ratos prolongados de oración me parece la base de todo». (Diario, 13-VI-1971).*

*«Sin duda, lo capital es la perseverancia regular en la oración». (Diario, 7-XII-1983).*

*«Únicamente soy inflexible en dedicar a la oración el espacio que va del despertar hasta la hora del levantarse ellos; la mayor parte de los días 3 horas por lo menos, a veces más. Y de cuando en cuando cojo la noche entera». (Carta, 23-II-1973).*

Los textos se podrían multiplicar, también en lo referente al sacrificio, al testimonio, a la actitud de conversión. Sólo con semejantes fundamentos se puede aspirar a la santidad. Y sólo desde la santidad se puede construir la Iglesia. He aquí la segunda “condición del éxito” del Sínodo:

*Que ese vigor espiritual «se manifieste en las propuestas: no la multiplicación de organismos, sino el conocimiento de la realidad: sólo puede crecer la Iglesia por la actividad eclesial (jerárquica...) de los santos».* (Diario, 15-I-1990).

*«La acción de un santo es capaz de suscitar torrentes de vida, puesto que deja libre la actuación de la vida misma».* (Diario, 2-XI-1972).

*«Un santo es fuente de crecimiento incalculable; pero en un santo de esta época de la Iglesia debe ser una especie de ciclón, o mejor, una permisión necesaria en su plan, para que el Espíritu sople en huracán sobre la tierra...»* (Diario, 29-XII-1989).

Sólo la santidad edifica. Por eso los sacerdotes deben ir a la cabeza de la comunidad eclesial en esa búsqueda de la santidad, propone al obispo:

*«Que la vida del Presbiterio como tal, ha de consistir en fervorosa aspiración a la santidad manifestada en realizaciones prácticas: distribución de tareas, ejercicios, retiros... Pienso que podría constituirse varios arceprestazgos modelos, testimoniales, sin que los sacerdotes pertenezcan a ningún grupo, pero teniendo la misma aspiración a la caridad pastoral perfecta».* (Reflexiones personales, IV).

La búsqueda real de la santidad es el antídoto contra la mediocridad – “el peligro mayor”–. Y la apertura consciente e incondicional al Espíritu es la manera de evitar “el error máximo” de apoyarse en las simples energías naturales. Todo esto, que tendemos a dar por supuesto y que sin embargo constituye el fundamento –único real– de la vida y el crecimiento de la Iglesia, ha de ser tenido en cuenta en los planes pastorales y en la predicación:

*«Que se predique con mucha ambición lo esencial: la oración como tarea pastoral, llegando a la intimidad con las Personas Divinas; la obediencia creativa; la humildad y el gusto por las humillaciones, por la estima de su sentido de cruz, la pobreza real...» (Reflexiones personales, IV).*

Si la cruz es saludada por la Iglesia como “esperanza única”, ello ha de reflejarse coherentemente en todos sus planteamientos y realizaciones...

*«La cruz, por menuda que sea, y aun no siendo específicamente cristiana, contiene valores desmesurados respecto de nuestros medios pastorales, si la sabemos asumir». (Diario, 2-XII-1974).*

*«Toda cruz produce necesariamente comunicación del Espíritu Santo». (Diario, 4-IV-1972).*

Junto a la aspiración a la santidad, junto a la oración y el sacrificio, el siervo de Dios subraya como esencial e insustituible la conversión interior, la purificación de todo apego y desorden personal que inevitablemente dañan a la Iglesia:

*«Todo apego, toda mezcla, es algo mortal, muerte sin más. Consiguientemente: algo que infecta. Por tanto, quien trabaja, incluso con buena voluntad deliberada, pero influido por sus apegos, a la vez que expande algo vital, infunde vida –colabora con Dios para que la infunda, como necesario camarada de labor– infecta el ambiente en que se mueve. He ahí la razón de los males de la Iglesia. Son muy pocos los que conocen sus heridas, sus purulentas llagas interiores, y se lanzan con ellas a los menesteres apostólicos, y multiplican las reuniones, las charlas, las publicaciones, y van dejando infectados los contornos en los que se mueven. Esos mismos terrenos que quisieran mejorar.*

*No habría que dedicarse a quehaceres de cierta importancia, sino cuando es ya muy puro. Creo que en las tendencias actuales se olvida totalmente esto... Y lo que se está haciendo, con buena voluntad deliberada –pero ello no impide el daño– es multiplicar los contagios... El enfermo debe vivir apartado, hasta que pase la época contagiosa de la enfermedad...» (Diario, 24-III-1973).*

Y para finalizar, dos textos más que testimonian su empeño constante de apertura y docilidad a la acción del Espíritu, su disponibilidad al sacrificio, su anhelo de conversión. Lo que proponía a los demás procuraba realizarlo antes que nada sí mismo.

*«Cada acto de docilidad a lo que estimo inspiración del Espíritu Santo, me abre a nuevas inspiraciones. El avance urge, ¡Dios mío! En cualquier hora que yo acepte y ofrezca un sacrificio, hay miles de personas indigentes de gracias eficaces, para las cuales Cristo me ha hecho sacerdote suyo. Y no es el valor de mis acciones; sino el de las tuyas –infinito– que realiza conmigo y en mí». (Diario, 5-IX-1984).*

*«Jamás se trata de cumplir menesteres, sino de dejarme llevar por el Espíritu. Por eso no debo estar alerta para disponer faenas, sino para no interrumpir su acción, para dejarme llevar, zarandear por el soplo divino». (Diario, 14-III-1990).*

### **El sacramento universal de salvación**

Uno de los rasgos que más resaltan en José Rivera es su admirable coherencia en el pensamiento y en la acción. De las verdades dogmáticas extrae hasta sus últimas consecuencias, y procura vivirlas y plantear todo según ellas. Lo hemos visto en el punto anterior y lo vamos a ver también en este. Ha tomado totalmente en serio la eclesiología del Concilio Vaticano II.

Entre las causas principales del desmoronamiento de la Iglesia, señala:

*«Olvido de que el testimonio tiene que darlo la Iglesia.*

*No se trata de que algunos curas o seglares sean santos, sino de que la Iglesia Diocesana sea luz. Ni santidad individual, ni grupos constituidos, ni movimientos apostólicos, ni órdenes religiosas, congregaciones o institutos, convierten la sociedad, hacen avanzar a la Iglesia, si son manifestaciones particulares, aun dentro de la Iglesia.*

*Es la Iglesia como tal:*

- *El obispo que reza y predica,*
- *El pueblo de bautizados que escucha, medita y participa en la Eucaristía,*
- *Todos que carecen de codicia. No hay pobres entre nosotros porque nadie estima propio lo suyo.*

*La referencia viene de los Hechos de los Apóstoles». (Reflexiones personales, II).*

He aquí uno de los puntos más insistentes –y en cierto modo novedosos– de su predicación en los últimos años: “es *la Iglesia como tal*” la que ha de renovarse; la Iglesia en su realidad universal y en cada una de las Iglesias particulares: las diócesis; y la diócesis tal como es: el obispo con su presbiterio y los seglares, el pueblo de Dios. Es *la Iglesia como tal* la que está llamada a ser luz del mundo (cfr. Mt 5,14), la que está llamada a vivir y a reflejar la santidad del Dios vivo, la que ha recibido la misión de dar testimonio de Cristo Resucitado, la que ha sido enviada a evangelizar el mundo.

No es suficiente que haya “algunos” santos, “algunos” que amen y atiendan a los pobres, “algunos” que estén dispuestos a dejarse matar por Cristo...

*«Es mentira decir que “la Iglesia” se preocupa de los pobres, aunque sea verdad que algunos miembros de la Iglesia, y por la fuerza que reciben en la Iglesia misma, de la Iglesia misma, se hayan preocupado hasta la muerte. Pues la palabra Iglesia significa otra cosa para el creyente. Para el testimonio frente al incrédulo de “buena voluntad”, no es suficiente la presencia de unos cuantos santos, sino que es necesaria la presencia “masiva” de “los católicos”. [...] Tiene que ser la Iglesia, como sociedad visible, quien brinde el testimonio, que es, por naturaleza, visible. Y esto no sucede hace siglos. No se manifiesta que la Iglesia, en su totalidad, supere a cualquier otra sociedad. Naturalmente, hablo de la valoración por parte del “pagano” de buena voluntad; no de la mía, que, a lo más, puedo recibir confirmación de*

*algo que ya sé; estímulo para la santificación, o invitación a la conversión radical». (Diario, 9-VI-1989).*

La verdadera apologética, el auténtico signo de credibilidad de la Iglesia es la vida del conjunto de los católicos transformada por el evangelio. Es en ellos donde la Iglesia se muestra realmente madre.

*«Dos ideas de capital importancia:*

- a) la Iglesia tiene que hacerse presente en masa (...)*
- b) la Iglesia tiene que presentarse en masa cuidando con esmero indecible el testimonio [...] El testimonio consiste en ofrecer signos que solamente puedan entenderse a la luz del evangelio. Exige la conexión entre la liturgia y las expresiones de una manera de caridad inexplicable: literalmente maternal». (Diario, 4-I-1990).*

Insiste reiteradamente en ello, como una realidad que considera determinante para la renovación de la Iglesia misma:

*«El fermento que ha de cambiar la masa no es algo que testimonialmente se ofrezca como movimiento de “gentes de Iglesia”, sino como la comunidad que pueda presentarse como Iglesia misma (...).*

*La comunidad de la Iglesia no puede mantenerse sino comunicándose. Y si no comunica la Iglesia como tal –como comunidad diocesana– no puede crecer ella, aunque haya crecimientos parciales en ella». (Diario, 11-II-1990).*

Esta colaboración en la construcción de “la Iglesia como tal” es la misión que descubre para estos tiempos nuevos. Misión en la que se siente totalmente involucrado y en la cual vale la pena emplear todas las energías:

*«El único proyecto posible en cada diócesis, “Iglesia particular”, ha de ser más “heroico” que el de cualquier orden*

*religiosa, puesto que es el fundamento real e indispensable, insustituible, de la Iglesia como tal. Y eso es lo nuevo en la época, que es, al cabo, volver a los “orígenes”...».* (Diario, 13-VI-1989).

*«Sé que la empresa que contemplo es la más importante posible: mucho más, por ejemplo, que fundar una orden».* (Diario, 4-XI-1986).

Volver a los orígenes es lo mismo que la alusión anterior a los Hechos de los Apóstoles. Frente a “especializaciones” y frente a “parcialismos”, he aquí “lo nuevo” de esta época. Lo nuevo que el Espíritu ha recordado a la Iglesia a través del Concilio Vaticano II. Lo nuevo que, siendo vuelta a los orígenes, permitirá a la Iglesia ser plenamente ella misma. Lo nuevo por lo que vale la pena luchar y sufrir hasta el heroísmo.

Esto es nuevo. Muchos santos y cristianos de buena voluntad de otras épocas no han tenido esta luz, que nosotros sí hemos recibido y conforme a la cual debemos actuar.

*«Voy calando más y más este criterio para discernir lo “imitable” de los santos. La mayoría de los modernos –¡desde la Edad Media al menos!– han buscado deliberadamente su propia santidad, o la santificación de mucha gente por individuos o por grupos... Actualmente hemos de buscar inmediatamente el crecimiento de la Iglesia en santidad. Y ello matiza muy diversamente ciertas maneras de vivir».* (Diario, 2-II-1990).

Es más fácil dedicarse a la santificación de algunas personas o grupos que a la santificación de la Iglesia como tal, pero es esto último lo verdaderamente eficaz. Lo otro produce indudablemente frutos, pero inevitablemente parciales, y desde luego no favorece el crecimiento de la Iglesia como tal: algunos se santifican, pero el conjunto del Pueblo de Dios se va debilitando.

Si entre las causas del deterioro de la Iglesia apuntaba la «negación práctica de la pertenencia de los seglares a la Iglesia» (Reflexiones personales, II) –con la multitud de consecuencias prácticas que ello acarrea–, la renovación de la Iglesia ha de pasar necesariamente por su

valoración; valoración que supone ante todo la certeza de la vocación de todos a la santidad; y en ello en virtud de su bautismo y de su pertenencia a la Iglesia, no en virtud de su participación en un grupo particular. Primera sugerencia para la renovación de la Iglesia:

*«Que la santidad es nota de la Iglesia y que estamos llamados todos a ser santos por ser miembros de la Iglesia diocesana y universal, no por pertenecer a tal o cual grupo».* (Reflexiones personales, IV).

*«Aceptar la realidad de la llamada universal a la santidad, la inspiración del Espíritu Santo soplando sobre los bautizados, sin discriminaciones que partan de lo accesorio en sí –aunque pueda ser para tal o cual grupo de personas–.*

*Podríamos decir: la conciencia de la necesidad de disolver la diferencia, establecida en lo interior, en la realidad personal, entre el “estado de perfección canónico” –propio de los religiosos– y la llamada a la perfección evangélica, que se inicia en el Obispo, en cuanto a la Iglesia particular, y en el Bautismo, para cada cristiano...»* (Diario, 13-IV-1989).

¿Significa esto rechazo o desprecio de órdenes, congregaciones religiosas o movimientos apostólicos? De ningún modo. Y la prueba es que el siervo de Dios dedicó gran parte de su tiempo y de sus energías a ayudarles mediante la predicación de retiros, Ejercicios espirituales, dirección espiritual, etc.

Pero Rivera matiza. Ordenes, movimientos o grupos de diverso tipo pueden surgir por exuberancia (como expresión de la vitalidad y fecundidad de la Iglesia misma), como suplencia (para atender de manera temporal un campo desatendido hasta que este sea asumido por la Iglesia como tal) o como sustitución; en este último caso resultan nocivos, pues “sustituyen” a la Iglesia diocesana y contribuyen a crear una cierta idea de especialización (como si la caridad con los pobres o la oración, por ejemplo, fueran cosa sólo de un grupo y no de todos los cristianos).

Por lo demás –subrayaba él– Dios puede suscitar una orden o movimiento para una época determinada o para una necesidad particular; una vez cumplida su misión, le toca desaparecer. Sin embargo,

*«¿no caeremos en el peligro de querer mantener todo lo válido en un momento dado? Ordenes, movimientos, devociones... Todo parece que tiene que quedar... y queda, pero tal vez como hojarasca».* (Diario, 15-XII-1989).

La intención inmediata y explícita debe ser en todo caso el crecimiento y edificación de la Iglesia en sí:

*«La existencia cristiana siempre está dirigida, sea cual sea la forma de que se revista el exterior, “a la edificación del Cuerpo de Cristo”. Me parece que solemos obrar al revés: tú haces esto, practicas tales virtudes, las ofreces por alguien... y de paso edificas la Iglesia, que algo saldrá ganando. El punto de vista de la intención –el objeto de la búsqueda– es inmediatamente la Iglesia misma, y según eso nos vamos santificando individualmente y vamos ayudando a tales o tales individuos o grupos. Pensar en la edificación de una casa... en la obra que van realizando los albañiles...».* (Diario, 17-XII-1989).

En esta misión sublime, la santidad personal se recibe de la Iglesia, y a la vez revierte sobre ella:

*«El genuino reformador –prefiero como siempre: transformador– obra desde dentro, movido por el Espíritu que sólo opera en la Iglesia. No recursos a realidades, pensamientos, modos de operaciones advenedizos de fuera; sino recurso a las entrañas maternas mismas de la Iglesia. Y desde ahí se reforma –o se transforma todo–. [...] Y por eso al tratar de transformar la Iglesia, soy transformado simultáneamente».* (Diario, 13-I-1990).

*«El ejercicio de santificación personal mío ha de traer, infaliblemente, una aceleración, literalmente extraordinaria –pues ¡vivimos tiempos extraordinarios en la Iglesia! Y a mí se me ha concedido verlo... – en la edificación de la Iglesia diocesana.*

*[...] Mas la señal, por lo menos simultánea, de la vivificación y sanación de la Iglesia de Toledo –como testigo para la Iglesia profundamente enferma– consiste ciertamente en mi propia personal, individual vivificación y sanación». (Diario, 5-X-1989).*

Finalmente, este “volver a los orígenes”, este recuperar la Iglesia de los Hechos de los Apóstoles, conlleva también un estilo nuevo, distinto al habitual, marcado por la mediocridad de los hombres que componemos la Iglesia. Vale la pena transcribir este largo texto:

*«Como marejada, como tempestad, avanza en mi ánimo esta conciencia de necesidad acuciante, perentoria, de nuevo ritmo, de estilo nuevo... que es el retorno al antiguo, a lo primero.*

*Conversación [...] acerca del “estilo de la Iglesia”. No acierto todavía a describirlo, a discernir las notas particulares, los matices característicos; pero basta con la lectura de los salmos, de los profetas, del Nuevo Testamento en general. Estilo de apremio, de “rugidos”, frente a estos rumorcillos tenues, casi inaudibles, de nuestros buenos eclesiásticos, curas o seglares.*

*Y nuestras vidas, y mi vida misma... Mediocridad, moderación, entendida a la medida de la mediocridad. Pues el modo que imponemos a las palabras y a los actos es deliberadamente mediocre.*

*Mi vida misma, digo. No nado en abundancia, desde luego; no dispongo de envidiables comodidades; pero no puedo tampoco alimentar la sensación de “frente de guerra”. Ni peligros de nada, ni austeridad extrema, chocante, hiriente, que obligue a cualquiera a reaccionar a favor o en contra de mí. Y menos, como debiera suceder, de Cristo. Bueno, no neguemos los divinos favores; algo de eso hay; pero ¡qué poco!; ¡qué pobremente agresiva resulta mi manera peculiar de vivir!*

*Pues una prueba para el discernimiento es ciertamente esta: la reacción de las gentes de nuestro entorno. Cotejar las expresiones de quienes rodeaban a Jesucristo, tal como nos los relatan los autores del Nuevo Testamento. Y las reacciones frente a San Pablo, que nos llegan*

*en los Actos y en las epístolas. Y ver si suscitamos idénticas provocaciones, o vamos despertando por lo común, a todo tirar, las respuestas burloncillas de los atenienses...»* (Diario, 1-XII-1989).

Como se ve, en el fondo de todas estas indicaciones late una idea muy profunda del ser y de la misión de la Iglesia como Cristo la pensó, y un anhelo apremiante de que sea de hecho, existencialmente, el sacramento universal de salvación.

### **Opción preferencial por los pobres**

Una tercera clave para la renovación de la Iglesia según José Rivera es lo que el Papa Juan Pablo II ha designado “opción preferencial por los pobres”. No trato de recoger aquí toda su enseñanza sobre la caridad o sobre los pobres, sino más bien recoger algunos textos que señalan cómo para él este es un asunto de vida o muerte para la Iglesia.

*«El negocio de lo pobres, con toda la extensión que yo lo contemplo, con mucha más aún, es ciertamente fundamental en la propagación del evangelio. Y por ello no debo cejar –debo no cejar– hasta conseguir el fruto debido o agotarme yo. En pura gracia de Dios, pues ahondo continuamente en la convicción de que lo más íntimo del egoísmo humano es el deseo de posesión y seguridad».* (Diario, 2-III-1990).

*«La cachaza con que enfrentamos las desgracias y dolores enloquecedores de la humanidad circundante, constituye pecado gravísimo... y origina nuevas y más densas pesadumbres, que derrumban la Casa de Dios».* (Diario, 8-I-1990).

*«Ciertamente mi hermano tiene contra mí lo que como hermano tiene derecho a esperar de mí, y yo le escatimo. De donde concluyo, con toda certidumbre, que cualquier pobre tiene contra mí todo retraso en ofrecerle medios más o menos necesarios; comprensión... Nadie aguanta ni la centésima parte de las reservas que él mismo hace con cualquier pobre (...). Concluyo la infructuosidad general de la mayoría de nuestras prácticas de oración, por carencia de*

*las disposiciones adecuadas. Y eso es lo palpable...»* (Diario, 9-III-1990).

*«No podemos recibir las comunicaciones de Cristo si no le recibimos en todas las formas de comunicación; ahora bien, es evidente que una de ellas, situada probablemente en la misma línea de la eucaristía y después de esta, es la presencia cuasi-sacramental en los pobres».* (Diario, 15-XI-1989).

Es suficiente este breve elenco de textos para entender que para él la opción preferencial por los pobres no era manía personal, cuestión de modas u oportunismo momentáneo. En línea con la más genuina enseñanza patristica y magisterial, subraya que este asunto se encuentra en el corazón mismo del evangelio.

En efecto, en la esencia del evangelio se encuentran el amor y la misericordia por un lado y la denuncia de la gravedad de la codicia por otro. Frente a la codicia, Jesús enseña el desprendimiento y la confianza en el Padre, compartiendo con los hermanos gratuitamente lo que de Él hemos recibido de manera también gratuita (Lc 12,13-34). La codicia cierra el corazón a Dios y al hermano y por lo mismo esteriliza la oración y las demás prácticas religiosas.

Por tanto pertenece a la esencia de la Iglesia *como tal* —es decir, no sólo a algunos de sus miembros “especializados”— vivir el desprendimiento y el amor al pobre. Y en la medida en que esto no se vive, la Iglesia se desnaturaliza, deja de ser reflejo de Cristo y entorpece y opaca su misión de ser sacramento —es decir, signo sensible— de salvación —es decir, del amor misericordioso y gratuito de Dios—.

Entre “lo esencial” que ha de ser predicado “con mucha ambición” el siervo de Dios señala:

*«...la pobreza real y el comienzo de la actividad pastoral por el amor a los pobres compartiendo su pobreza, ayudándoles también materialmente a solucionar sus problemas, evangelizándoles y convirtiéndoles en evangelizadores».* (Reflexiones personales, IV).

Y entre “las condiciones del éxito” del Sínodo diocesano –y por tanto de cualquier empresa eclesial– anota:

*«Que se reconozca el valor insustituible de la pobreza de la Iglesia, y de sus miembros más visibles, en el momento actual. Que se proclame con exactitud la llamada universal a la santidad: sin ambigüedades prácticas, intentando promover una idea falsa: evangelio... pero sin pobreza, sin cruz, con escasa oración, sin caridad visible, incisiva en sus realizaciones...».* (Diario, 15-I-1990).

Pone de relieve que un signo normal y necesario de la Iglesia de Cristo es que se cumpla lo que el libro de los Hechos relata de la comunidad primitiva: “no había entre ellos ningún necesitado” (Hch 4,34-35). Si en una Iglesia diocesana habita la caridad de Cristo, esta llevará inevitablemente a atender todas las necesidades hasta el final.

Si no se remedia la pobreza es que en la comunidad cristiana escasea la caridad. Y si esta falta, falta lo esencial: la Iglesia no puede irradiar, no puede ser luz; su palabra no resultará creíble, pues no está acreditada por el signo principal que la constituye. Por eso, entre los remedios que propone para la renovación eclesial el siervo de Dios destaca “*la solución total del problema de la pobreza*”:

*«Finalmente, pero es lo que estimo de inmediata urgencia, que Caritas avance. Ya ha acelerado el paso últimamente. Pero la urgencia es inmediata, como digo. Con metas muy ambiciosas: solución total del problema de los pobres en la Diócesis.*

*Y en todos los aspectos: económico, laboral, intelectual, espiritual... Por tanto a toda clase de pobres; pobres materiales, enfermos, presos, drogadictos...*

*Urgentísimo porque los pobres son, con el Obispo y la Liturgia, la base de la Iglesia. Deben ser YA evangelizados y evangelizadores. Deben encontrarse en la Casa de Dios como en su propia casa: porque lo es».* (Reflexiones personales, IV).

Lo que parecería una empresa difícil, él la considera asequible y arrebatadora. No duda de que hay medios en la Iglesia para subvenir a todas las necesidades, y menos aún de que el Espíritu impulse a administrar esos bienes según la caridad.

*«Nuestra actividad cristiana no puede limitarse a proporcionar comida a un número de pobres, por alto que sea, sino que ha de dirigirse inmediatamente a solucionar todos sus problemas. El poder de la Iglesia, ahora mismo, es enorme. Por supuesto el poder, que es infinito, pero la voluntad divina, omnipotente, cuenta ya con medios de alcance casi indefinido. No tenemos que andar buscándolos... La Iglesia diocesana dispone de bienes muy sobrados, como he notado tantas veces, en “su patrimonio” –así se le llama: el patrimonio de la Iglesia– y en sus miembros. Y no puede dudarse, sin pecado, de que el Espíritu Santo les impulse a su administración bajo el impulso de la caridad».* (Diario, 3-XII-1989).

El secreto está en proponer a los cristianos toda la verdad del evangelio, con todo su alcance, sin ambigüedades ni reduccionismos. Él mismo responde a las objeciones a esta atrevida propuesta.

*«Sé que hay dos objeciones: Primera: carecemos de medios. No lo creo así.*

- a) La Iglesia dispone de un Patrimonio riquísimo que puede emplear en buena parte en esta obra que es la más propia suya. Esto sale en directo del Evangelio. Y de las enseñanzas de los Papas. Y lo dice expresamente el Papa actual, cuyas llamadas más serias caer en vacío absoluto.*
- b) Y la Iglesia, la que representa y dignifica el Obispo, dispone, en cierto sentido real, de los bienes sobrantes y aun relativamente necesarios de los bautizados. Ante una empresa de gran magnitud, muchos acomodados son capaces de vibrar. Claro que no se trata de exigir, pero sí de exponer claramente las enseñanzas e invitaciones del Evangelio.*

*Me parece inútil, y la experiencia lo prueba, predicar verbigracia, la castidad matrimonial si no se predica igualmente y con más energía aún, las invitaciones a la pobreza y al desprendimiento y la condenación de la codicia.*

*Por otra parte, si no lo hacemos nosotros lo harán el PSOE o la IU –que acaba de proponer un plan de viviendas que hace años había yo pedido... Lo harán ellos. Y triunfarán en las elecciones. El Estado quitará los bienes a la Iglesia con gran satisfacción mía, para qué voy a mentir.*

*Segundo: Eso le corresponde al Estado. En gran parte sí, pero o no lo hace o cuando lo hace emplea medios absolutamente inmorales: anticonceptivos, esterilizaciones, abortos... obstaculizando la fe y proponiendo la fornicación como medio pedagógico de desahogo.*

*Así es, pero la responsable de tales pecados es la Iglesia. Si somos responsables ya, porque esto está pasando ya y podríamos haberlo evitado». (Reflexiones personales, IV).*

Los pobres han de ser atendidos en virtud de la caridad de los miembros de la Iglesia y en virtud de su desprendimiento. Pero hay más. Ellos no son sólo destinatarios de la acción benéfica de la Iglesia. Han de ser evangelizados (no olvidemos que este es uno de los signos de la llegada del Reino: Lc 7,18-22). Y más aún: han de convertirse en protagonistas de la vida de la Iglesia hasta llegar a ser ellos mismos evangelizadores. Ya lo hemos visto en alguno de los textos citados. Si la Iglesia se apoya en la debilidad de la cruz (1Cor 1,23-25) y Dios ha elegido lo que no cuenta a los ojos del mundo (1Cor 1,27-28), se sigue que la Iglesia debe apoyarse en los pobres.

Por eso Rivera insiste con todas sus fuerzas:

*«Que se oriente el apostolado por los cauces evangélicos: evangelización de los pobres: consecuencias concretas: señalar objetivos bien particulares: participación en la pobreza –convivencia siempre que se pueda– solución real y total de los problemas (económicos, educación, evangelización); evangelización confiada, con*

*el objetivo tenido como muy próximo, de que sean ellos también evangelizadores, y precisamente los más cotizados, orientación a los centros más escandalosamente pobres: cárceles, grupos de drogadictos, alcohólicos, enfermos, gitanos... Y enviando a ellos a los sacerdotes que se manifiesten como más valiosos, de modo semejante a lo que recomienda reiteradamente Roma, respecto de los seminarios». (Diario, 15-I-1990).*

El asunto es grave y urgente, cuestión de vida o muerte para la Iglesia...

### **Conclusión: nuestra misión**

Hemos delineado algunos aspectos principales de la propuesta del siervo de Dios José Rivera para la renovación de la Iglesia. Pero hay muchos más que convendrá seguir estudiando y exponiendo.

Las claves indicadas son principalísimas y fundamentales. Además de coherentes entre sí. Forman una unidad inseparable: sólo desde la “primacía de lo espiritual” la Iglesia se abre al Espíritu que la fecunda y la llena de vitalidad; con la fuerza infinita del Espíritu la Iglesia como tal –y no sólo los individuos y grupos en ella– vive y expresa en el mundo la exuberancia de la vida divina; y esta vida es ante todo la caridad –porque “Dios es amor”– que redime y dignifica a todo hombre desde la debilidad –porque “la fuerza de Dios se realiza en la debilidad” (2Cor 11,9) y “lo débil de Dios es más fuerte que los hombres” (1Cor 1,25)–. Así la Iglesia cumple su vocación y su misión de ser sacramento –signo sensible y eficaz– de salvación para todos los hombres.

El siervo de Dios no llegó a ver realizada esta renovación de la Iglesia por la cual oró, sufrió y luchó. No la vio hecha realidad. Pero su esperanza permaneció intacta hasta el fin de su vida, porque “la esperanza no defrauda” (Rom 5,5).

*«Si realmente, como pienso, Dios me encarga de la misión arriba expresada, si realmente los deseos espirituales no pueden fallar, puesto que es el mismo Espíritu quien los crea para que se realicen fructuosos, este deseo de conversión de la Iglesia particular, en que Dios*

*me encarga laborar, por la cual el Espíritu me mueve a pedir –en la liturgia misma– no puede quedar infecundo».* (Diario, 30-VIII-1989).

Ahora nos toca a nosotros recoger la antorcha y continuar esta apasionante misión. Está abierto el camino, porque su misión ha sido abrirlo e iluminarlo. Ahora queda recorrerlo.

Para ello necesitamos su misma esperanza, que le hacía exclamar: *«lo peculiar de Dios es hacer maravillas»* (Diario, 1-V-1972); y también: *«las dificultades son la ocasión para el milagro»* (Diario, 26-VI-1972).

Necesitamos dejarnos saturar de esperanza. Pero también de su misma decisión para extirpar el mal de raíz:

*«En una enfermedad mortal los remedios insuficientes son absolutamente inútiles. Extirpar la mitad de un cáncer es pura comedia».* (Diario, 17-I-1990).

## ÍNDICE

Presentación

Conferencias preparatorias

La relación con la Virgen María en la vida y el pensamiento  
del siervo de Dios José Rivera

“Los amó hasta el extremo”: amor sacerdotal a los pobres

Los males de la Iglesia: causas y remedios



